

Brecha

Año 6 :—: ARTES :—: NOVIEMBRE DE 1961 :—: LETRAS :—: No. 3

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loria — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—Rubén Darío — Precio: ₡ 1.25

La Nacionalidad Costarricense

por HERNAN G. PERALTA

No es Costa Rica hija del indígena ni del conquistador, sino del colono. Los elementos de lucha o de desacomodamiento que los primeros representan, han sido sustituidos por el tercero, que fue siempre el germen de una modesta colectividad que tuvo los atributos de lo opaco y de lo permanente.

La etapa indígena, sin mayor densidad, se sumió en la nada al simple contacto con los europeos, sin que su escaso número de pobladores alcanzara fuerza suficiente para un verdadero mestizaje cultural que hubiera colaborado en la formación de un tipo humano distinto del colono, que fue el único que dio fisonomía a la nacionalidad costarricense. Fue un simple hecho de carencia de número; si hubiera habido una población indígena numerosa, el caso habría sido el corriente de la mayoría de los países hispanoamericanos.

El mestizaje parece haberlo sido en una proporción pequeña, al extremo de que el elemento indígena no tuvo ni ha tenido mayor influencia en la formación del carácter nativo, como lo comprueban no sólo la experiencia histórica y la realidad actual costarricense, sino la evidencia que el estudio de los registros de

nacimientos y de matrimonios que conserva nuestra Iglesia, produjo en el eminente investigador Doctor don Bernardo Augusto Thiel, Obispo de Costa Rica, quien hace cincuenta años en su magnífica Monografía de la Población de Costa Rica en el siglo XIX, escribía refiriéndose a las razones tenidas en cuenta por los párrocos para inscribir sus marginales con las palabras de "ladinos y mestizos": "Muchísimos de estos ladinos tenían de sangre india sólo una mínima parte o tal vez ninguna; pero no merecieron el nombre aristocrático de españoles, porque sus familias, por una residencia secular en Costa Rica y los rudos trabajos de la agricultura, ya habían perdido los rasgos característicos de su origen y sufrido los cambios que provocan el sol y el suelo americanos" (1).

Queda desechada en esa forma la presunción de que pudieran haberse formado quistes raciales productores de un tipo determinado, puesto que la sangre india que sí se conservó, aquella sangre que los españoles ennoblecieron con su expresión de "mestizos limpios", aplicada a los americanos que eran fruto de la fusión de las dos razas, en Costa Rica se distribuyó dentro de la corriente de sangre

européa que hubo de predominar por la razón elemental de que nuestros indígenas, bien pocos, cedieron el paso al elemento de mayor capacidad creativa que se impuso en el país una vez que los españoles se establecieron en el territorio. Lo que no quiere decir que no exista en el plasma sanguíneo de nuestra población; pero en esto como en todo rige la ley de los porcentajes.

Y así como el indio careció de fuerza expansiva dentro del conglomerado social en formación, tampoco nos otorgó la antigua civilización americana, precolombina, el aporte de sus tradiciones, de sus monumentos, de su honda concepción de las cosas a no ser en unos cuantos vestigios representados en objetos que hemos conservado con la mayor estimación. Pero nuestra población no presenta predominantemente la diversificación étnica y cultural de México y del Perú, ni las facetas cambiantes de su mentalidad.

El pasado indígena de Costa Rica nos ha producido siempre una impresión de lejanía, de un dulce y pálido recuerdo que nos impele a buscarlo, a tratar de comprenderle, a asir lo poco que los arqueólogos han encontrado con el propósito de descifrar su iconografía; de enten-

der lo que una raza perdida pudo consignar de sus misterios y de los anhelos de su vida. Pero es un pasado muerto, y quienes hoy por comprensión y por afecto querramos evocarlos, no debemos olvidar que un método rigurosamente histórico nos veda el tratar de incorporar la mascarilla de un cadáver, aunque sea de un ser querido, dentro de una actualidad que se inició precisamente cuando se operaba la desintegración de una época que finalizó en el tiempo.

Don Ricardo Fernández Guardia hace la siguiente síntesis sobre el punto: "Al abandonar Perafán (de Ribera) a Costa Rica en 1573, la población española de la provincia no llegaba a cincuenta familias vecindadas en las ciudades de Cartago y Aranjuez. Estas familias son las progenitoras de la gran mayoría de los costarricenses.

"Muchos de los conquistadores se casaron con indias. De estas uniones se originó la raza indoespañola o mestiza, que es la más numerosa en la América Latina. Tan sólo en cuatro de las repúblicas hispanoamericanas predomina actualmente la raza blanca; una de ellas es Costa Rica, las otras tres Chile, El Uruguay y la Argentina.

“Los primeros pobladores de Costa Rica vinieron casi todos de Nicaragua y procedían de andaluces y extremeños. Posteriormente llegaron de España inmigrantes naturales de Castilla y otras regiones de ese país. La creencia de que los costarricenses descienden principalmente de gallegos es por lo tanto errada” (2).

El conquistador español tampoco tuvo entre nosotros los perfiles inconfundibles que hicieron de él, en otros países de América, un contribuyente en la integración de sus núcleos pobladores. Y es que el conquistador en Costa Rica tampoco alcanzó, como el indio, ocasión para transmitir, con su sangre, su manera de ser a la naciente población. Eso no quiere decir que del todo no lo hiciera, pero es que el conquistador tuvo entre nosotros más de colono o de poblador que de verdadero conquistador; porque la conquista tuvo características especiales; porque la lucha fue más persistente con la naturaleza que con el indio; y porque si bien es cierto que la fuerza resolvió la sumisión final, lo fue en una forma poco determinada puesto que la resistencia de los indios, con excepción de los de Talamanca, fue más pasiva que activa, más de retirada que de frente opositor.

La conquista de Costa Rica duró prácticamente cincuenta años, de los cuales treinta y nueve dedicaron los españoles a reconocer las costas del Pacífico y del Atlántico, sin lograr sostener ninguno de los establecimientos que fundaron; y once a la exploración de la meseta central a partir de 1561, que sí les dio el dominio que buscaban y que asentó definitivamente a los europeos en el país.

La victoria se las brindó la situación geográfica, pues la meseta con su clima fresco y saludable ofreció lo que no habían logrado obtener en sus correrías y afanes costaneros; agua y demás condiciones atmosféricas.

Cuando esto sucedía ya Panamá, León y Granada eran poblaciones organizadas, porque la exploración de la me-

seta central de Costa Rica se hizo tarde en relación con los empeños de los españoles llevados a cabo en las regiones vecinas de Panamá y Nicaragua, de modo que de esos centros, sobre todo del segundo, llegaron muchos elementos que contribuyeron al nacimiento de la época española en Costa Rica.

La conquista de Talamanca realizada por medio de ocho expediciones que corrieron, con alternativas, de 1605 a 1747, fue un episodio que podríamos llamar de contorno, pues aun cuando es cierto que tuvo su base en la meseta, la acción era exterior, y aun aquí anduvieron del brazo el conquistador y el misionero, y fue más efectiva la labor apostólica que la militar.

El conquistador, pues, no tuvo el sitio preeminente que alcanzó en otros países del Continente, puesto que tenía que transformarse en poblador con mucha frecuencia; era habitante de una colonia más que jefe de una guarnición; y como fraccionó su esfuerzo entre la guerra y la atención de sus necesidades, el conquistador que a la larga pudo arraigarse en Costa Rica, al morir tenía más de lugareño que de hombre de tizona.

El colono es el verdadero fundador de Costa Rica. Pudo ser el hijo o el nieto de un conquistador y de una india cuando lucía apenas el alba de la colonia; pero pronto vinieron españoles de Nicaragua y luego llegaron otros procedentes de España: andaluces, castellanos, extremeños, catalanes, asturianos, gallegos, vascos, que formaron el núcleo progenitor de la Costa Rica actual, con una apreciable contribución peninsular que corresponde a la segunda mitad del siglo XVIII.

Don Eladio Prado, que efectuó estudios cuidadosos de la población colonial, llegó a la conclusión de que ninguna de las provincias de España predominó en cuanto al número de individuos venidos al país, y que fue España, y no sus regiones, la que dio a Costa Rica la casi totalidad de la simiente de su elemento humano.

Cuando germinó la vida social, el colono daba ya el tono a la nacionalidad en formación. Agricultor sobre todo, habitante de Cartago y de sus alrededores, cultivador de cacao en Matina, y de trigo y caña de azúcar en las haciendas organizadas por él en los valles de la meseta central, fue extendiendo sus actividades y dando origen a las poblaciones de Barba, Villa Vieja, Villa Nueva de la Boca del Monte y Villa Hermosa; y desde luego el aislamiento dentro del cual vegetó la población y la pobreza, originaron la fusión del hombre con la tierra y de la tierra con el hombre.

De esta unión fecunda salió la población de Costa Rica definida física y mentalmente. El agricultor, cualquiera que hubiese sido el origen de su familia en España, se transformó en labrador o campesino por sus costumbres, por sus gastos y por sus aficiones. Y así el colono de las Leyes de Indias, fue el súbdito español de la Constitución de Cádiz, y el ciudadano costarricense u “hombre libre” del Pacto de la Concordia.

Pero este colono no tenía ni el letargo del indígena ni la violencia del conquistador, ni siquiera era el resultado de ambos elementos, porque el indígena y el conquistador habían perdido su trazo en el largo concubito del hombre con la tierra. Y aquí sí surge con sus características biológicas el tipo permanente que había de dar dirección y orientación a Costa Rica. Pero adviértase que en su formación sólo concurren dos factores: el colono y la tierra, es decir, el producto elaborado por generaciones anteriores que había adquirido ya su manera de pensar, y el físico, de ambiente, aborigen o telúrico, porque el único elemento realmente aborigen que hemos tenido es la tierra, antecesora del hombre y madre común del indígena, del conquistador y del colono.

Por eso ha sido agricultor el costarricense, y quizá porque aún no ha podido desprenderse del sarro de la alquería, ha sabido organizar el crédito público con anterioridad a los países vecinos

como necesidad derivada de sus propias aficiones, y ha carecido de ideas estéticas y de disposición para adquirir el conocimiento de lo que traduzca en resultados materiales.

El colono fue el consejero de los últimos gobernadores españoles de la provincia, el ciudadano de 1821, el costarricense formador de nuestros primeros centros de enseñanza, el creador de nuestros negocios agrícolas y comerciales, de nuestra banca vernácula, el fomentador de todo el movimiento de la segunda mitad del siglo XIX, tan sugestivo y tan interesante, y el antecesor de ese hombre puente entre el pasado y el presente que ha tenido tanta influencia en el país hasta hace todavía muy poco tiempo: el político sábelotodo.

En cambio nos ha dejado cierta educación de carácter cívico que ha permitido el encarrilamiento de las instituciones dentro de la democracia. Pero nosotros no hemos compartido la opinión de que la democracia en Costa Rica reconozca como fuente única la manera de ser o de vivir de los hacendados que nivelaron con su pobreza el conglomerado colonial. La democracia costarricense ha tenido más bien un punto de partida de organización jurídica o social: la carencia, en las costumbres de la época, de la vinculación de la propiedad inmueble que fue el soporte que mantuvo a las clases altas en las demás naciones hispanoamericanas antes de la Independencia. Sin base económica no podía existir una diferenciación social, y en un país sin industria y sin comercio sólo la tierra, o las figuras jurídicas a su servicio, podían haber otorgado alguna posibilidad en la dirección indicada.

Era tan raquítica, tan oscura la colonia, que la legislación española no encontró aplicación sino a medias o a retazos, pues no había elementos de vida y de trabajo sobre los cuales operar. La evolución de la propiedad fue distinta en la meseta central que en las grandes extensiones del Guanacaste, por ejemplo. Sin embargo se encuen-

tran algunos casos como el correspondiente a las tierras de Tibás, que son una prolongación de San José que nos demuestran que la propiedad se organizó y se conservó en algunas ocasiones con un sentido familiar, pero únicamente en cuanto a principios de derecho protectores de ciertas normas de sabor elemental, que no llegaron nunca a la vinculación patrimonial en su pleno desarrollo.

La educación política innata en el costarricense, sucesor del colono, es un factor de valor inapreciable, y admirable cómo surgió ese sentido ordenador cuando tantos países más desarrollados lo buscan todavía, lo asimilan a medias, o tienen que conformarse con una teórica declaración de principios ante la evidencia de su propia impotencia para conservarlo.

Pobre y confuso lo hallamos al transformarse la colonia en 1821, desorbitado algunas veces, quizá soterráneo o subconsciente, pero con una consistencia que es una esperanza.

Terminada la organización de las instituciones después

de 1821, presentóse el fenómeno que podríamos llamar de exceso parlamentario, pues los congresos, hijos de la asamblea constituyente, invadían toda la actividad política, como era natural. El Poder Judicial se resintió algo de esa situación, no obstante la órbita profundamente respetada dentro de la cual actuó en lo técnico, y el Poder Ejecutivo no pudo sino después de un tiempo adquirir la personalidad propia de sus funciones.

La segunda mitad del siglo XIX y la primera del actual pudieron al fin presenciar el movimiento de conciencia que determina la valoración individual, es decir, la transmutación de la vida pública en ejercicio cultural, y surgieron figuras como Aquileo J. Echeverría, Manuel María Gutiérrez, Luis R. Flores, Carlos Gagini, Justo A. Facio, Pío Víquez, Rafael Angel Troyo, Agustina y Salvadora Gutiérrez, Ramón Matías Quesada, Teodoro Quirós, Juan Umaña, Juan de Dios Céspedes, Manuel González Zeledón, Pilar Jiménez, Juan Garita, María Aguada Peralta, Rafael Chaves, Juan Diego Braun, Pedro Ulloa Mata, José C. Zeledón,

José María Alfaro Cooper, Manuel Aragón, Enrique Jiménez Núñez, Miguel Obregón, Maximiliano Peralta, Juan Ramón Bonilla, Julia Lang, Rogelio Fernández Güell, Vicente Lachner, Elías Jiménez Rojas, Julio Fonseca, Anastasio Alfaro, Juan Andrés Bonilla, J. Fidel Tristán, Alberto Brenes Córdoba, José María Zeledón, Ricardo Fernández Guardia, Tomás Soley, Roberto Brenes Mesén, Eladio Prado, Julio Peña, Clodomiro Picado, Carmen Lyra, Rogelio Sotela, Lisímaco Chavarría, Mario Sancho y otros, cuya labor multiforme, poca o mucha, pareciera haber alcanzado para Costa Rica la verdadera redención de la colonia. (Tomado de: Historia y Antología de la Literatura Costarricense, tomo 2º de Abelardo Bonilla).

(1) Bernardo Augusto Thiel, Monografía de la Población de Costa Rica en el Siglo XIX, en Costa Rica en el siglo XIX, San José, MCMII, pág. 9.

Ha llamado la atención que Monseñor Sanabria, en su libro Genealogías de Cartago hasta 1850, no hiciera la menor referencia al anterior concepto del señor Obispo Thiel, máxime si el mismo

autor se apoya en la autoridad indiscutible del etnólogo alemán, en otros aspectos de su obra.

También ha sido lamentable la omisión de la Real Cédula de 26 de noviembre de 1814, del Gobierno de España, emitida para frenar la anarquía de los llamados "datos de sangre", candorosos, ilegales, inseguros e inexactos, y que se habían prestado para la comisión de abusos por parte de los párrocos de la colonia, quienes efectuaban esos apuntes con un espíritu tendencioso y socarrón, según lo reconoce el propio Monseñor Sanabria en la página XIX de la introducción de su obra; motivo por el cual nunca fueron tomados en cuenta por el señor Obispo Thiel, don Cleto González Víquez y don Eladio Prado, en sus estudios de la población costarricense.

Es posible que el recordado Arzobispo señor Sanabria no hubiese conocido ese decreto del Gobierno español, pues tratando el punto no tuvo inconveniente en consignar la prohibición del Gobierno de México de 19 de setiembre de 1822, acerca de lo mismo, y el cual, por categórico, vino en Costa Rica a terminar con la comedia.

(2) Ricardo Fernández Guardia, Cartilla Histórica de Costa Rica, octava edición, San José, 1946, página 31.

Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento especializado OFRECE:

LAROUSSE UNIVERSAL ILUSTRADO

Esta magna obra constituye un inventario completo del conjunto de ideas, hechos, lugares, personas, acontecimientos y procedimientos que abarca el saber humano. Por su ordenamiento alfabético brinda rápida orientación y sus extensos artículos especializados hacen de ella una obra de estudio y consulta, un instrumento inapreciable de cultura personal.

¿POR QUE UN "LAROUSSE"?

Porque Larousse es la editorial más importante del mundo especializada en obras enciclopédicas. De sus archivos emanan diccionarios dedicados a todas las ramas del saber y de la vida práctica, desde la etimología de los apellidos hasta la gastronomía. Su documentación incomparable le permite publicar logradas síntesis enciclopédicas de rigurosa actualidad sobre los grandes temas científicos, históricos y culturales. Los diccionarios Larousse, en uno, dos o seis volúmenes, desafían al tiempo, desde hace más de cien años, porque viven al compás de su tiempo.

Tres volúmenes en cuarto mayor, más de 2.000 páginas con 188.000 artículos lexicográficos y monografías enciclopédicas, más de 3.500 grabados y mapas en negro, 77 láminas en negro, 24 mapas en color fuera de texto, 72 láminas en color y en negro fuera de texto.

El LAROUSSE UNIVERSAL es la primera edición en español de un diccionario francés de igual título; adaptación hecha bajo la dirección de Miguel de TORO Y GIBBERT, Doctor en Letras, Correspondiente de la Academia Española.

CONSULTE NUESTRO SISTEMA DE VENTAS A PLAZOS

BRECHA

recuerda a don Arturo Volio Jiménez

"La vida de los grandes hombres es luminosa. Arde y es constructiva hasta en el silencio de la muerte".

A. E. L.

Semblanzas de Cartago

FIGURAS DEL RETABLO

El Vasco Arrieta dice:

Viene la urdimbre genealógica en el ancestro paterno desde el principado de Génova en la península italiana y de la tierra vizcaína. Del hogar que formara el italiano Bautista Bolio con doña Rosa Rodulfa nació don Carlos Bolio—más tarde Volio en América—; éste contrajo matrimonio con doña Irene Zamora, hija de don Romualdo Zamora Flores y de doña Rita Coronado Soto y San Martín. De los cónyugues Volio Zamora nació don José María. Por otro lado del hogar de los vizcaínos don Manuel Llorente y doña Petronila de Arcedo nació don Ignacio Miguel Llorente, quien contrajo matrimonio con doña Felicianita de La Fuente, hija del Alférez don Antonio de La Fuente y de doña Francisca de Alvarado y Jirón. Luego del hogar Llorente La Fuente, de los nueve hijos le correspondió el sexto lugar a doña Juana María de Jesús, quien contrajo matrimonio con don José María Volio Zamora.

En el ancestro materno la raigambre se dilata hasta Salamanca, la capital, también a la provincia de Jaén, ya que de la primera vino el magnánimo conquistador Vázquez de Coronado y don Domingo Jiménez, la personificación del genio alegre motejado "el coplero", quienes bajo la unión matrimonial en nuestras tierras mezclan su sangre con la familia Maldonado venida de Baeza. En aquellas ciudades ibéricas quedó el cordón umbilical de los ascendientes de don José Antonio Jiménez Maldonado y doña Petronila Rodríguez de Robredo, padres de

don Ramón Jiménez Robredo, quien contrajo matrimonio con doña Joaquina de Jesús Zamora Coronado, hija de don Romualdo Zamora y doña Rita Coronado. De este hogar nacieron once hijos, correspondiendo el cuarto a don José Manuel Jiménez Zamora, quien casó con doña Dolores Oreamuno Carazo, hija de don Félix Oreamuno Jiménez y doña Ramona Carazo Alvarado.

Del matrimonio de don José María Volio con doña Juana María Llorente nacieron cinco hijos, el cuarto don Carlos Volio Llorente, quien contrajo matrimonio con doña Matilde Jiménez Oreamuno, hija de don José Manuel Jiménez Zamora y de doña Dolores Oreamuno Carazo. De este hogar cartaginés, en el cual concurre la sangre latina por los cuatro costados, vino a la vida don Arturo Volio Jiménez, cuyo nacimiento lo registran los documentos del Cura, Pbro. don Eduardo Pereira, con fecha 9 de julio de 1886, bautizado el día 11 por los padrinos, su tío don Anselmo Volio y su abuela doña Dolores Oreamuno de Jiménez. Correspondióle a don Arturo ser el último vástago del hogar y siendo así, el destino le fijó también el último de los hermanos que fenece. Su niñez, con ser el menor, le colmó de muchos cariños que indudablemente se tradujeron en estímulo y alientos para la vida. Porque frecuentando la primera enseñanza en la Escuela Superior de la ciudad, logró ocupar algunas ventajas, según lo decían sus compañeros que años más tarde lo siguie-

ron de cerca en la vida pública. La segunda enseñanza la cursó en el Liceo de Costa Rica graduándose de Bachiller en Humanidades, según preceptos de la época, en el año 1902. Siguió luego estudios en la Escuela de Derecho hasta graduarse de Licenciado en Leyes en el año 1909, incorporándose en el Colegio de Abogados para entrar de lleno en la profesión, constituyendo atractivo para sus afanes el derecho civil.

El hombre de hogar. Trae a cita el autor la circunstancia de que en la familia Volio es tradicional el temperamento refractario a la asistencia a los clubes y en don Arturo, como en los demás hermanos, esta observación era notoria en la convivencia. Sin embargo, sus normas en el ambiente de la ciudad antañona, dentro del sosiego de las costumbres morigeradas que se heredaban alentadas con la filosofía cristiana, no lograron restarlo del todo para cultivar amistades, que en su caso fueron numerosas. Del curso sedante de su existencia dentro de estas normas es posible que sintiera íntimo atractivo para formar hogar, que siempre y desde su juventud alentó con regocijo, para contraer matrimonio tres veces y en esta otra circunstancia surge en nuestra mente la personalidad del hombre de hogar, sosegado, que encuentra halagos compartiendo la vida con su compañera, bajo los auspicios de su fe de creyente sincero. Su primer matrimonio fue con doña Zoila Guardia Tinoco y de esta unión vinieron a la vida siete hijos. Arrebatada

por la muerte prematura su primera esposa, contrajo matrimonio más tarde con doña Lupe Guardia Tinoco, hermana de doña Zoila, naciendo una hija de esta unión. También el destino lo privó de su segunda esposa. Años más tarde contrae matrimonio con doña María Cristina Echeverría Jiménez, a quien le correspondió la pena de verlo desaparecer. Su temperamento afable, cariñoso siempre, dejan una huella de dolor en el ánimo de todos sus deudos.

El profesional. Organizó su bufete en Cartago logrando numerosa clientela en la ciudad y en los campos, concentrando sus mayores actividades en el derecho civil; aun cuando la numerosa clientela lo inducía a prestarle atención a asuntos que hubo de atender en materia penal. Correspondióle ventilar litigios ruidosos por la categoría de los contendientes y por su importancia económica, teniendo como contraparte a colegas destacados en el foro costarricense, tal como en el caso de las tierras de la River Plate y otros sobre derechos testamentarios de volumen en la vida nacional. Mantuvo por más de treinta años un prestigioso bufete en su ciudad natal.

El ciudadano. Se adentró en la vida, con las responsabilidades del hombre de hogar y del ciudadano, en la época áurea de la literatura costarricense y, en razón de sus entronques de familia conectado con espíritus cultivados, entre ellos su tío don Julián Volio, sus hermanos Monseñor Volio y el Pbro. Jorge, sus primos al sumarse con el dilatado círculo de sus amistades, supo frecuentar el trato selectivo de aquellas avanzadas de la época que embellecieron otra el campo de las letras. Esto fue para don Arturo factor coadyuvante que, con su eterna afabilidad, sin arrestos de literato se tradujeron en alarde de gentileza y trato ameno, logrando atractivo para tenerlo siempre por culto y agradable conversador. De allí que le fue fácil frecuentar la clásica tertulia del Club de la Boñiga en la Vieja Metrópoli, como la otra mesocrática en las épo-

cas de contiendas electorales o concurriendo a los concursos hípicas.

No fue el bufete su preocupación única, pues lo atrajo la tierra y con la tierra la ganadería de leche. Frecuentó la Zona Tórrida en donde tuvo predios que dedicara al cultivo del banano. Pero sus mayores desvelos los concentró en el hato jersey dedicado a la producción de leche y sus derivados, allá en su Hacienda de San Juan de Chicué en las faldas del Irazú, en donde pasaba, lo decía y lo repetía a los amigos, sus mejores horas de solaz atendiendo las vacas. Varios premios por campeonatos y por otros méritos obtuvo en las exposiciones del Campo Ayala; con la industria de mantequilla y queso supo acreditar marcas en el mercado nacional. También supo extraer de la tierra productos agrícolas, entre ellos papas y maíz, algo de avena, alternando con los pastos. Con ser bastante la atención para estos quehaceres, sin embargo poseyó cabalgaduras de raza estableciendo criaderos que le dieron magníficos ejemplares para silla y para carreras, pues a este deporte fue aficionado. De tarde en tarde desafiando las brumas solía pasear por las calles de la ciudad montando alguna cabalgadura de elegante alzada y de raza andaluz, cuando no era un peruano, lo cual hacía con todo el donaire del jinete perfecto. Así era el ciudadano.

El político. Difícil para un profesional del derecho, por no decir imposible, sustraerse de intervenir en la política militante, con mayor razón si ese profesional tiene bufete de prestigio al cual concurre el gamonalismo y la numerosa clientela en general. Los abogados que tienen bufete de cartel y logran mantenerse al margen de las contiendas electorales, resultan ser la excepción de la regla, porque toda regla tiene excepción. Don Arturo reunía junto con los atractivos de su bufete, sus entronques de familia con ciudadanos de prolongada vida pública, razón por la cual muy joven hizo acto de presencia en la campaña electoral de los años 1909 a 1910. Pero no fue

sino en la de 1914, una de las más azarosas, en la cual alcanzó por primera vez, militando en el Partido Civilista, una curul de diputado en el Congreso Nacional. Este período debía durar hasta el año 1918, pero fue interrumpido por el golpe de estado que derrocó a don Alfredo González y disolvió el Congreso. Fue entonces cuando su hermano don Alfredo en el exterior y don Arturo en el país, dirigieron y encauzaron el movimiento de protesta armada en contra del régimen impuesto. En la espadaña de los muros de la parroquia, la mole de sillares de granito que se levanta a pocos pasos de su residencia de entonces, en febrero de 1919 se apagaba el eco de los disparos de la fusilería del Gobierno que descargaba sus proyectiles contra las paredes de la casa, a sabiendas de que en el interior permanecía la esposa y sus hijos. Su amor a la libertad, lo mantuvo activo al unísono con sus hermanos don Alfredo y don Jorge, alentando el civismo en penosa lucha por la desproporción en los recursos, pero sobrevino el triunfo y a su vez, la pena por la muerte de don Alfredo en Nicaragua. Así restablecieron el derecho y el orden constitucional. En las elecciones del año 1920 de nuevo fue electo diputado, nombrándolo además tercer designado a la Presidencia, ocupando luego desde 1922 el cargo de Presidente del Poder Legislativo, consecutivamente hasta el año 1930. Durante la segunda Administración del Lic. don Cleto González Víquez, desempeñó la Cartera de Obras Públicas por un período casi de dos años, desarrollando una labor prolija en beneficios nacionales. Más tarde, en el año 1931 volvió por elección popular a ocupar su curul de diputado, habiendo desempeñado la Presidencia del Congreso en los años 1932 y 1934. Pasó después a desempeñar por varios años la posición de Gerente de la Caja Costarricense del Seguro Social. En el año 1948 fue electo para figurar en la Constituyente.

En el año 1925 fue nombrado para representar a nuestro país en el Congreso Interpar-

lamentario de Nueva York, cargo en el cual cosechó muchos aciertos. En 1960 también llevó la representación de nuestro país en la Conferencia de Cancilleres en Santiago de Chile. En alguna ocasión fue nombrado Embajador Extraordinario ante el Gobierno de Nicaragua. Fue honrado con las condecoraciones de los gobiernos de España, Venezuela, Italia y Chile. En la ciudad natal ocupó por elección popular el cargo de regidor municipal durante los años de 1920 y 1921, 1927 y 1928, 1945 y 1946, actuando como presidente del Municipio durante cuatro años. Alternó en labores administrativas de varias instituciones docentes y de beneficencia, entre ellas el Hospital, el Asilo de la Vejez fundado por su hermano Monseñor Volio, el Hospicio de Huérfanos que hoy se conoce por Colegio Vocacional, el Colegio de San Luis Gonzaga, la Escuela Superior, etc. Miembro activo de la Cámara Nacional de Agricultura, de la Cooperativa de Productores de Leche, de la Junta del Museo Nacional y otras instituciones nacionales.

Nunca padeció don Arturo hipérboles para alcanzar las destacadas y numerosas posiciones que escaló en su medio siglo de vida pública, sino que, como en el caso de la Presidencia del Poder Legislativo, la obtuvo como uno de sus muchos merecimientos ciudadanos. Numerosos testimonios hay en su vida activa, de los cuales puede el lector bastantear al político en la Presidencia del Congreso, actuando distanciado de quien ejercía la Presidencia de la República en el período de 1921 a 1924. Transcurría la sesión de la Asamblea Legislativa el 7 de junio de 1920, discutiendo el problema del azúcar relacionado con los gravámenes condensados en un proyecto de ley. Cuando a don Arturo, jefe de la oposición, le tocó turno para razonar su voto que iba a favorecer la tesis del Gobierno, dijo entre otras cosas lo siguiente:

"El país entero sabe que por cualquier circunstancia estoy distanciado del señor Presidente, pero no por eso yo pue-

do venir a interrumpir lo que tienda al bien del país, a la par de las cañerías y otras obras vitales; debemos dar al Gobierno el dinero para esos gastos"...

En más de una ocasión al autor de estas cuartillas que dicta el sentimiento, se le ha ocurrido pensar que tal vez la simpatía con el trato frecuente al calor de la amistad, resulta factor para ignorar o dejar pasar inadvertidos, los yerros de los hombres de la política. Pero en el caso que me trae aquí, recordando sentidamente a don Arturo, pongo sobre los motivos de mis afectos, los otros motivos de los cuales surgió el honor que le concedieron los Rotarios eligiéndolo Gobernador del Distrito de Centro América, como también para condecorarlo cuando cumplió sus cincuenta años de ejercer la profesión de abogado y notario. No solamente para el suscrito ha merecido los honores que alcanzan esta consagración póstuma.

Para emprender su viaje hacia lo ignoto, viajero de casta hizo alarde de su estirpe, porque jamás supo desprenderse de su eterna juventud, para sentirse el día anterior a su deceso, atraído como otras ocasiones, por el embrujo de las quimeras que acompañan las añoranzas y con derroche de afectuosa jovialidad saludar deudos y amigos, por qué no al influjo de algún presentimiento? En esta razón social que nos une con la muerte, desde que venimos a la vida, la edad madura así lo admite. Así, con apego a la tradición, con alientos que nos vienen de nuestra fe, es dable pensar que ocurrieron sus horas postreras, compartidas en visitas con fortaleza en el espíritu. Así debe haber sido su ingreso a la región de la eternidad, pleno de templanza, porque esta fue una de sus virtudes de siempre.

(La Nación, 15 abril de 1962)

ALBERTO CAÑAS dice:

DON ARTURO VOLIO era uno de los últimos representantes de la generación de hombres que acompañó a los próceres liberales en la última etapa de su actuación política.

Y a fe que se trataba de uno de los más brillantes.

Lo vinimos a conocer, para nuestra pena, tardíamente. Pero en pocos años fue fácil para nosotros aprender a respetarle y a quererle.

Era uno de los pocos hombres a quienes se podía oír, sin temores ni reticencias, en busca de consejo. Porque el que él diera, era siempre prudente y siempre inteligente.

Y esto, tanto en el campo personal y profesional —en que él tanto se distinguió— como en el campo público.

A pesar de su edad avanzada, y del derecho que había adquirido a descansar, jamás escatimó su colaboración para ningún asunto de bien público. Y cada vez que se llamó en consulta y consejo, acudió gustoso, y no se limitó a escuchar, ni a improvisar palabras. Sus opiniones eran medidas y producto de la meditación y del estudio.

Pocos, poquísimos entre los hombres de su edad, comprendieron mejor la transformación que se estaba operando en Costa Rica por obra de las generaciones que siguieron a la suya.

Por eso, jamás se encastilló en el negativo "todo tiempo pasado fue mejor". Y su posición ante la Costa Rica de sus últimos años, fue positiva, generosa, y todo el tiempo constructiva.

Por eso, don Arturo Volio era uno de esos muy contados viejos, a quienes los jóvenes consideraban como uno de los suyos. Porque siempre se preocupó de dispensarles lo que más necesitaban: comprensión.

Su don de gentes, ya proverbial; su cultura sólida y madurada; su espíritu de ser-

vicio; la ponderación y prudencia de su carácter; la amabilidad de su conversación; su larga experiencia filtrada al través de un cerebro fino y buen tamizador. Son esas cosas que sus conciudadanos no podrán olvidar fácilmente.

Lo mismo su jovialidad, su admirable buen humor, y su triunfal empeño de no ser nunca un hombre del pasado.

Era un "cartago viejo", de esos ya legendarios por sus virtudes antañonas, su corteza exquisita, su concepto vertical del honor y la decencia. Pero era también un hombre nuevo, porque se renovaba cada día y a cada hora, y no permitió que el transcurso del tiempo le dejara atrás.

Sabía que el quedarse atrás envejece. Y logró morir a edad avanzada, sin haber envejecido.

Que es la mejor manera de morir, cuando se es un hombre de alto espíritu, y con vida interior. Descanse en paz.

(DE CHISPORROTEOS)

RENE AGUILAR dice en: **CIUDADANIA.**

ARTURO VOLIO JIMENEZ, salió de la eternidad y entró a la eternidad.

No regresará jamás. Como no vuelve el tiempo. Los ríos tampoco vuelven.

Don Arturo, el tiempo, el agua de los ríos, no los podemos seguir ni con la imaginación. Pasan sin regreso. De qué abismo inagotable sale el que va viniendo? A qué insondable mar de la divinidad va el que va saliendo?

Es una respuesta oscura para el hombre. Dios ve en ella. Cuando satisfacemos nuestra curiosidad, el precio es la vida.

Don Arturo pidió a Dios lo dejase ver de hito en hito lo que es la eternidad.

Tocar su sustancia. Conocer sus secretos. Saber qué es la luz.

Era un hombre de mucha erudición, ambicionaba siempre saber más y más. Se dio cuenta que sin Dios no hay ciencia, porque no hay verdad.

Fue un apóstol de las libertades humanas, pero estaba convencido que sin Dios no hay libertad, porque sin El no hay derecho.

Supo fascinar con su elocuencia a todos sus oyentes, pero descubrió que Dios es la inspiración de la poesía.

Fue un hombre de principios, pero reconoció que el principio es Dios.

Fue el diálogo del hombre superior, que distinguió siempre, al estar trajinando por la vida, que hay que vivir en alas del amor y la razón.

Con don Arturo, se cierra el paréntesis que abrió don Julián Volio. Espacio de tiempo que tuvo por trono, la aristocracia del talento.

JUAN MANUEL SANCHEZ dice:

AL CONSIDERAR LA TAN LAMENTABLE Y SENTIDA DESAPARICION DEL INSIGNE HOMBRE PUBLICO NUESTRO, DON ARTURO VOLIO JIMENEZ, se nos viene a la memoria una de sus tantas actuaciones que, cuando ocupaba él la Secretaría de Estado en el Despacho de Obras Públicas, impresionó profundamente nuestro ánimo de adolescentes de entonces, al revelarnoslo como amplio cultivado espíritu, aún en materia que suele ser desconocida para la gran mayoría de nuestros políticos y hombres de elevadas funciones estatales.

Se acababa de inaugurar el monumento al Prócer Don Juan Rafael Mora Porras, cuando el ingenuo puritanis-

mo aldeano de ciertas gentes se manifestó en su desaprobación al hecho de que una de las estatuas alegóricas del monumento fuera la del viril desnudo que porta la antorcha de los fulgores libertarios. Al Ministro Volio Jiménez se dirigió pliego formal que pedía —por cierto en términos puerilmente ridículos— trocar, por lo menos, de total en parcial la desnudez del apolíneo símbolo. La inteligente y firme respuesta de Don Arturo no se hizo esperar. Luego de entrar en las consideraciones acerca del desnudo artístico propias del tan culto hombre que él era, más o menos en estos términos concluía: "No figuré en la Comisión que decidió lo concerniente a la erección del monumento, ni en el Jurado Calificador de los proyectos presentados, ni soy el autor de la obra, para permitir la menor modificación en ella".

La comprensión estética y el respeto administrativo e intelectual eran evidentes, y por la naturaleza del caso, muy loables. Pero además creímos entonces —y seguimos creyéndolo hoy— que tuvo presente don Arturo a un autor (Pietro Piraino él) como no todo funcionario de su importancia lo hubiera tenido. Como que hemos presenciado que se dicta en clase o se reproduce en publicaciones, la página cuyo autor indiferentemente se omite; y cómo se mira, en el concurso artístico a un fin no estético, al pintor o al escultor como al último de los obreros anónimos de cualquier pobre materialidad, en arcaicos y discriminantes menosprecios que, desgraciadamente, permanecen entre nosotros.

Digamos ahora de Don Arturo Volio Jiménez, lo que de él hubiera podido decir García Monge: ¡servidor fue del espíritu!



Oh, Isadora!

cuántos desvaríos se cometen en tu nombre!

LILIA RAMOS

Al recobrar lo que los hombres llaman razón, habrá que lamentarse de haberla perdido?

Gérard de Nerval

Esta riqueza de espectáculos mayores y menores; esa prodigalidad loca de una ciudad genial...

Jean Cocteau



Después de la representación féérica del ballet Romeo y Julieta en el atrio del Louvre, los amigos brasileños y yo nos detenemos a contemplar los juegos de luz sobre el río bienamado. Es una dulce embriaguez a corazón pleno, mas hay que retornar. Atravesamos el Puente de las Artes y el magnetismo de la Calle Sena nos incorpora a su reino. ...

A pesar de la hora, medianoche, vamos con lentitud para el saboreo idóneo de cuanto ahí germina. En las galerías se departe con vehemencia; se escucha, se observa, se pinta o esculpe. Una llama nuestra atención: en el ventanal se exhiben unas bufandas curiosas y, adentro, rodeando a una vieja que habla con mesura, se agrupan varias personas que oyen sin pestañear. Continuamos la ruta, aunque la escena suscita mucho interés en todos.

Semanas después, en una tarde espléndida, viene Gaité para que vayamos a disfrutarla en la fruición de algunas excelencias que se complace en mostrarme. Place

Furstemberg, Atrios de Rohan, del Instituto... nos dejamos luego llevar por otras dilecciones y así alcanzamos el camino estrecho y pintoresco: la Rue de Seine...

Miramos la vitrina del número treinta y uno. Enseguida, una señora se precipita a darnos invitaciones para las sabáticas de Raymond Duncan. Neusa me acompañará, pues Gaité tiene un viaje listo... A modo de introducción, la noche anterior nos ponemos a evocar folios hermosos de la autobiografía de Isadora y entre las memorias, surgen algunas extravagantes: los hermanos en túnica griega y en sandalias, recorriendo París... hechizados ante las reproducciones de los frisos de El Partenón en El Louvre y que los hacían olvidar la miseria y... hasta perder contacto con la realidad.

En esta casa vivió George Sand con su hija Solange al fijar residencia en la metrópoli de las maravillas. Ahí fue el principio de la lucha feroz de la autora por ganar el sustento: traducía, pintaba retratos a la acuarela, escribía. Hogaño, el hermano de la bailarina de prodigio, se afana por obtener la gloria o, como sustituto, distinción en varias actividades. La tienda ofrece aguadas, telas, alborgas, libros propios y ajenos editados en una imprenta que él maneja. En diferentes salas y talleres, enseña tipografía, danzas, pintura, decoración, música, tejeduría... imparte lecciones de filosofía y de gimnasia.

En el fondo, un teatro-museo grande y completo, muy desaliñado. En todas las paredes hay numerosas fotografías y recortes de diarios y revistas en sendos marcos. Es muy difícil ver la exposición permanente. Nuestros ojos agradecidos se extasían ante Isadora con sus dos querubines... Isadora con un grupo de discípulas, todas a la helena... La madre con sus hijos... los cuatro Duncans en indumentaria sui generis. Y, en todas partes, la figura del ochentañero Raymond, la anciana que habíamos visto aquella noche, en las actitudes más estafalarías, presidiendo la colección que se adivina en la semioscuridad.

El preámbulo de hora y media nos da la ocasión de mirar con deleite los recuerdos de Isadora en la luminiscencia y, con sorpresa, los de su hermano, en el resplandor. Además, nos permite estudiar los tipos que colman la sala y se exhiben sin cobrar...

Lentamente han ido llegando los invitados, muy pocos hombres, discretos en sus manifestaciones y arreglo personal. Se mantienen a distancia y dan la idea de observadores. La ridiculez de las mujeres provoca una hilaridad que luego se transforma en lástima o... es que da risa para evitar la pena que conduce al llanto? Cotorronas parlantes, ataviadas con disgusto: faldas sin nivel, blusas llamativas, sombreros con huerta o jardín, velos; calzados con suelas provistas de tacón y franjas de colores o

con zapatillas extrañas... En su mayoría gordas y todas muy obsequiosas, sobre todo con El Maestro ante el que se inclina en señal de reverencia. El público del teatro-museo de Raymond Duncan, es bastante homogéneo; me parece que sólo nosotros, curiosos nuevos en el grupo, rompemos la unidad del conjunto. Los neófitos entran con mirada escudriñadora y, a pasos contados, buscan asiento.

Llega el personaje en túnica amplia hecha con tela basta y adornada con dibujos sencillos, labores a mano. La vestidura corta y las sandalias, sin calcetines, dejan ver sus piernas y dedos flacos. Cabello blanquísimo, bien peinado a la Liszt, y que ciñe una banda del mismo color... alguien afirma que es un trozo de piel de mamífero, talvez, de un cabrito. Me interrogo: esa diadema.. le fue puesta en ceremonia solemne por sus adeptos? Usa anteojos, camina pausadamente y en la búsqueda de secuaces a quienes estrechar...

Penetra en la sala y, como si fuera un rito, va encendiendo los bombillos que iluminan sus retratos, los escaparates donde expone los libros que ha escrito y los recortes, ilustrados siempre con su efigie. Noveles y admiradores fervientes se lanzan a contemplar la multitud de objetos llenos de luz, y la estantigua se aproxima a unos y a otros para oír sus comentarios o para hablarles. Se mueve con garbo y serenidad que le demandan un esfuerzo enorme, así como el de mantener un rostro acogedor con su sonrisa estereotipada. Habla un francés incorrecto, con una influencia marcada de la sintaxis inglesa.

Las asiduas se distinguen de las novicias en que su devoción a la causa de Raymond Duncan, hace que él las premie con un beso en cada mejilla. Hay un vejestorio que se porta con distinción: es una dama vestida a la muy antigua... de la época de Ana Pavlova? Quizás, una de sus alumnas. Sus afeites y tocado traen la memoria de las preciosas de aquel tiempo. Raymond aprieta sus manos

con efusión, pues ella ha comprado un pañuelo de seda para el cuello con autógrafo de él y está a punto de invertir otra suma elevada, cinco mil francos, en uno de los libros impresos por su ídolo. El Maestro dice:

—Venga los martes a nuestras reuniones; es el día de las dedicatorias”.

Y ella, muy enternecida, regracia la oferta y entrega el dinero en lágrimas.

En varios sitios hay bancos distintos, cada uno con su leyenda “Reservado”: son para El Maestro y no lo sabemos. A mi derecha, uno en el que se sienta para conversarme:

—Hoy tendremos un concierto que va a empezar pronto, inicia.

—Qué tesoro guarda Ud. aquí! Los recuerdos de Isadora!, únicos en el mundo.

—Lo que Ud. ve es sólo una parte muy pequeña; lo demás volverá a lugares convenientes cuando finalicen esta vivienda. Como Ud. ve, la reconstruyen.

—Va Ud. a fundar el Museo Isadora Duncan?

—Oh, no! Será el mío!: para mis pinturas, mis telas, mis publicaciones... Para todas mis obras. Isadora tendrá un aposento en él

—Ah!

La charla se interrumpe con la presencia de un endriago femenino que susurra algo que determina la subida de Duncan al escenario. Espectáculo inolvidable! Remueve sus gafas para asumir una actitud gallarda, un aire majestuoso que pronuncia su delgadez, la longitud y la hondura de las rugosidades faciales y el temblor de la voz. Es triste y gracioso al mismo tiempo el cuadro del ególatra sobre aquel estrado! Discurso extrañísimo en que involucra ruidos guturales y que alterna con risas sin motivo y que sus admiradores aplauden con brío. Luego da el nombre de la pianista y... se equivoca. Súbitamente, un grito corregidor nos asusta: proviene del espantajo que se había acercado a Raymond y que un festigo describe así:

“Entre vestal y cancerbero, aparentemente encargada de mantener los muchos fuegos en que Duncan alimenta su inocente locura y con celo guarda las llaves de aquel reino que fluctúa entre una realidad de actividades productivas, y un delirio de grandeza de proporciones desmesuradas. Aía Bertrand, sexagenaria robusta, intercepta la entrada al recinto. Se tiene al franquearla, pues ella es introducción y barrera, la misma impresión que nos asalta al entregar el boleto de una cualquiera Casa de los Sustos.

Su atavío, que de haber sido los griegos expertos en el arte de momificar a sus muertos, hubiese sido el de rigor, ha resistido el impacto del tiempo, pero no así el de la mugre que nos grita su insolente saludo sudoroso. Basta la tela que otrora fuera blanca de la corta tuniquilla desflecada y atada a la cintura con un cordel del que pende enorme llavero. Igual el

pañuelo que, de monjil manera, cubre toda la cabeza y enmarca la grasienta cara. Voz grave y autoritaria de convencida de su causa que es la del Maestro, esta introductora al escenario de las locuras plácidas de Duncan, es su más fiel discípula y admiradora.

Al mostrarnos retratos del singular personaje que nos ocupa, sus gestos y sus palabras son llenos de reverencia. La apología del inefable Raimundo, no tarda en dejarse oír. Hay convencimiento en el elogio y el fuego de la causa ingenua palpita auténtico en esta devota del aquíjotado soñador. Raymond Duncan es un puro, un tejedor de irrealidades que, curiosamente, han ido tomando forma de institución y, aun, de museo. En la fragilidad cómica y, al mismo tiempo venerable del viejo y en la fidelidad de su acólito, hay algo que conmueve y que angustia porque produce en nosotros el deseo de reír ante lo ridículo y lo

absurdo de todo aquello y la estupefacción ante la profunda y limpia sinceridad que los anima”.

El Maestro anuncia algunas composiciones de Chopin y... son de Bach. Itera el error y, de nuevo, el súcubo rectifica y los aplausos llenan el ámbito. La instrumentista se libera de agresiones al arremeter contra el piano indefenso, y origina un escándalo con el pedal usado con exageración. Termina el programa con ovaciones y Duncan asciende para lucir su perfil de ave de rapiña, su túnica y sandalias griegas y su alienación encantadora. Otro discurso orático en que logra la presentación de una señorita que va a recitar. Los huéspedes que no participamos en la veneración de El Maestro, aprovechamos una coyuntura para deslizarnos cautelosamente e ir a gozar del hechizo de París. Sin embargo, habíamos de volver...

El nombre de Isadora es el incentivo. Raymond actúa con habilidad: se pone a la sombra de la ilustrísima, pero con tino hace que la plática evocadora vaya desvaneciéndose hasta morir dulcemente. De inmediato, surge él de cuerpo entero y dueño de la situación. Toda la estrategia empleada, así como la diversidad de medios en que excede para ganar honradamente el dinero, revelan una inteligencia superior.

Giro dentro de mi belvedere: ya no percibo la imagen grotesca... desde el ángulo en que me hallo, distingo muy buenas cualidades. Raymond Duncan satisface móviles egoístas sin perjudicar a nadie, sin causar escándalo. Acaso ha repetido o hecho una versión moderna de las proezas de los Increíbles y Las Maravillosas, cuando la señora Hamelin paseó por los Campos Elíseos en su traje de gasa?

A quién ofende con la túnica y las sandalias griegas? O con su cabello y corona? O se turba porque él vista con ropaje heleno su lengua materna y la francesa? O se mo-

GANADERO:

Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

MAYOR PRODUCCION DE LECHE

Engorde más rápido del ganado de carne. Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS

lesta con el nombre Penélope dado a su esposa? O sufre por los disparates que hace? Para su público, no lo son. Al contrario: lo divierte.

Pienso que Raymond Duncan es un caso extraordinario de loco feliz... de originalidad, de valor... Se ha atrevido a ser un sujeto con sus características... a vivir de acuerdo con sus cánones... a guardarse inconfundible. Ha desafiado serenamente muchos prejuicios para encontrar su autenticidad. No olvido que es imposible alcanzarla de modo absoluto. Y El Maestro ha conquistado ese derecho, teniendo siempre lo que Céline llama "importancia colectiva". Cuántos seres de los que se creen normales consiguen el logro de Duncan? El sabe orientar la existencia de esas almas cándidas, anónimas que, de otra manera, probablemente caerían de rumbo o habrían sucumbido.

Item: Raymond es un tra-

bajador inagotable que estimula vivamente a quienes se le aproximan, para que lo imiten. Atrae discípulos y les enseña las materias más diversas y útiles. Además, los individuos que lo rodean, se convierten enseguida en alumnos y, en su compañía, gozan de una dicha genuina en un ambiente de honestidad y de cultivo de intereses.

La Calle Sena es una de las más antiguas de París y de ahí que su historia cuente con numerosas páginas. En ella tuvo su palacio la Reina Margarita de Valois, primera esposa de Enrique IV, no menos galante que su marido. Mujer que ofrecía transiciones rápidas de conducta: pasaba de un arrebatado de misticismo, a la voluptuosidad mórbida; de un acto bondadoso a uno de crueldad horrible como el ordenar la decapitación de uno de sus amantes. Se divertía al jactarse de sus deudas y de cómo engañaba a sus acreedores.

A la muerte de Moliere, su viuda y comediantes se instalan en el número cuarenta y uno. El diez alberga, en distintas épocas, a Corot, a Merimée y a Ampère. George Sand y Chopin recorren la senda que los lleva al lado de sus amigos Balzac y Delacroix que residen en el vecindario. Gérard de Nerval ocupa el trece corresponde a la de Wilde, donde ha de fallecer en 1900. Fantin-Latour, la que lleva el ocho...

Calle vieja, angosta, romántica... testigo de los sucesos más variados... de biografía en que exuberan folios llenos de color. No podía faltar en el cuadro, el personaje exótico y de espíritu ampu-

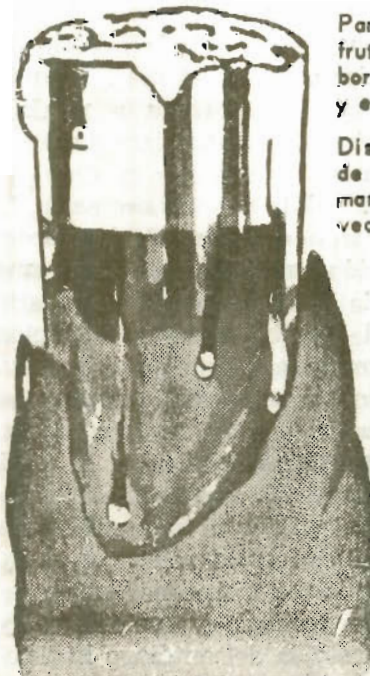
loso. Akademia Raymond Duncan. Tertulias. Presentación de colecciones de arte. Dibujos y estampas. Autógrafos de eminencias. Audiciones y cursos de... El! El! El! Siempre el foco de atención en to-

das las oportunidades y al abrigo de Isadora que, aun a media luz, resplandece con su propio fulgor!



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestre la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegre dos veces.



Poetas españoles de hoy:

Carlos Bousoño

por JOSE OLIVIO JIMENEZ

“Recorriendo una inflexión agudísima, parece andar la poesía de nuestros años queriendo convertirse en una añadidura heroica de la vida. No mucho tiempo atrás, sin embargo, se le había visto erigirse de soberbio modo en diamantino sucedáneo de esa misma existencia. El artista creador puso entonces todo su empeño en un extremado rigor de pureza, que llegó a hacer del producto poético, a veces, algo casi extrahumano o sobrehumano a fuerza de contención y vigilancia. Los términos de **sucedáneo**, para la poesía de nuestro pasado inmediato, y de **añadidura**, para la actual, usados por el poeta español Blas de Otero para describir el cambio ocurrido, quizás no acaben de ser definitivos pero un poco nos pueden iluminar. Todos sabemos que en la diagnosis de un hecho, cuando se la intenta desde el centro mismo de la actitud que lo sostiene, es frecuente y hasta necesaria una cierta dosis de exageración en el pronunciamiento. Ni parecerá obligado decir que esto mismo ocurre cuando se acude a la siempre discutida calificación orteguiana de **deshumanización**, aplicada al brillantísimo arte de entreguerras, para oponerle después conceptos como los de **humanización** o **rehumanización**, referidos a la poesía que más o menos hacia 1944 (fecha de **Hijos de la ira**, de Dámaso Alonso) parece situarse definitivamente en el panorama lírico español, que es el que ahora nos interesa. (Y parecerá oportuno

recordar aquí cómo una de las figuras más notables de aquella generación del 27, Jorge Guillén, se ha rebelado doloridamente en las páginas finales de su reciente libro **Language and Poetry**, y no sin gran parte de razón, contra toda aquella débil nomenclatura que tan mal parados deja a los poetas de su momento).

Pero aunque los nombres y las palabras traicionen, siempre ayudan; y fatalmente con ellos y entre ellos hemos de movernos. Otros prefieren hablar hoy de **poesía testimonial**: el poema será así un documento, la palabra poética sólo comunicación de una verdad de vida sustentante. Con todo ello, simplificando algo la cuestión, puede decirse que está el mundo lírico despidiéndose de algunas cosas que un día pareció que le eran muy preciadas: la asepsia, el rigor, la evasión. Y dando generosa entrada a muchas otras, de naturaleza humana más directa y cordial: la anécdota cuando necesaria, la razón narrativa, la introspección emocional, las impurezas de la existencia, la angustia de nuestra precaria condición temporal. Extiéndase la vista sobre la poesía europea, en cualquiera de sus manifestaciones nacionales, y se verá cómo la nueva intencionalidad poética se ha manifestado ya con tanto relieve y en logros tan rotundos que la labor crítica y valorativa y hasta la del antólogo han podido producirse con relativa facilidad. En América, conde-

nada de siempre a un juego extraño de anticipaciones y de retrasos, la visión no se presenta tan clara. Por un lado, en suelos de acá se fraguó la poesía social, mucho antes de que en España fuese viva realidad, y aquí se dieron poetas humanos de la talla de un César Vallejo con bien marcada antelación. Y no es que se quiera decir que esta línea haya sufrido interrupción o abandono en nuestros países americanos; pero es evidente que por el lado contrario sorprenden todavía, hoy, los divertimentos esteticistas excluyentes y el hermetismo a ultranza de muy notables poetas. Para el diagnóstico americano habrá que esperar. En el mundo nuevo, el imperativo del espacio ha sido siempre mayor que el del tiempo. Y son espacios inmensos; en ellos soplan muy lentamente los vientos. Y la variedad no es menos poderosa, producto quizás de ese culto sagrado de América a la libertad. Todo contribuye, pues, a hacer muy difícil en estas tierras los señalamientos de validez universal.

Carlos Bousoño (Boal, Asturias, 1922), nuestro poeta de hoy, suele repetir que la poesía ha tomado nuevamente el buen camino. El juicio no implica estimación de calidades sino de designios. La obra lírica suya, en cambio, sí parece justificarse en am-

bas dimensiones. Es, primero, una poesía pegada paso a paso a una gesta espiritual de signo ético. Y conoce, a su vez, de un enriquecimiento progresivo de esa rara sustancia que es la calidad poética. Tres libros exentos la forman hasta el momento presente: **Subida al Amor** (1945), **Primavera de la muerte** (1946) y **Noche del sentido** (1957). Entre estos dos últimos puede colocarse una suerte de primera compilación, **Hacia otra luz** (1952). En 1960 aparece un precioso volumen con sus **Poesías Completas**, recogidas bajo el subtítulo de **Primavera de la muerte**, que para Bousoño parece recoger expresivamente la intuición central que las sostiene. Este tomo se avala con un delicado y sugerente **Encuentro** de Vicente Aleixandre (“Carlos Bousoño sueña el tiempo”) y una **Introducción del autor**, muy valiosa por sus precisiones. En el campo de la crítica y de la teoría poética tiene en su haber dos textos fundamentales: **La poesía de Vicente Aleixandre y Teoría de la expresión poética**, que ya van por segundas y terceras ediciones. Aplica Bousoño en ellos una forma de estilística abierta y comprensiva, desde dentro y hacia dentro de la creación poética, al margen de todo mecánico y estrecho formalismo, que es la misma que desarrolla en sus cursos de Estilística de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid. Sin olvidar su estudio excelente sobre Aleixandre, creemos sin embargo que aún está por escribir el libro práctico donde, de una manera más general, lleve a la palabra impresa la crítica viva y animada que hace en sus clases. Y desde aquí le dejamos la invitación a tal empresa: lo necesita la incompreensión que aún reina en torno a un término tan desafortunado como el de estilística.

Según lo que hoy demandamos de la poesía, es la de Bousoño el testimonio posiblemente más lúcido, dentro de la lírica española actual, del drama reflexivo del hombre frente a dos problemas que

no son sino la dual instancia de un mismo y único hecho. El primero, la convicción dramática de la temporalidad, esto es, la sujeción del ser viviente a la ley del tiempo y de la muerte. El otro, la duda total ante la realidad, habida cuenta de que bajo ese signo devastador del tiempo nada puede ostentar créditos de firme certidumbre. Esta segunda cuestión implica la del escepticismo más radical sobre las potencias humanas del conocimiento, y todo ello conduciría a una situación de desesperanza y aun de desesperación a la que habrá que buscar salida urgente e inmediata. Aquí cabe recordar las palabras de Camus, en *El mito de Sísifo*, refiriéndose precisamente a la desesperación kierkegaardiana: "Considerándolo bien todo, un alma decidida saldrá siempre del paso". No otra cosa ocurre en el momento estrictamente actual de la poesía de Bousño, como muy someramente tendremos ocasión de comprobar.

Subida al Amor, su entrega primero, es el libro natural de un adolescente que ha sentido limpiamente la necesidad de Dios. Palabra atravesada de limpidez y ternura; tono de aérea consistencia, que la crítica más temprana de Bousño en seguida advirtiera:

Un niño puro, un niño que
[amamantas,
oh Dios, con la inocencia de
[de los astros.

Un niño que se alegra con
[las luces,
el misterio y los pájaros.

Niño celeste, límpida paloma
que vuela entre lo claro.

En *Subida al Amor* sorprende, no obstante, una fuerte conciencia de lo temporal, señaladamente en los poemas a Cristo: antiguo tema que Bousño vitaliza con una pupila esencialmente historicista y con un tratamiento plástico de gran novedad. Pero no está aquí todavía planteado el conflicto en su seco rasero humano. Esto ocurrió, y muy rápidamente, en *Primavera de la muerte*, precoz rea-

lización lírica —el poeta sólo tenía veintidós años— de todo el angustioso sentimiento temporalista de nuestro siglo. El hombre ha oído la voz de la muerte, y ha aprendido prontamente su lección:

Yo sé lo mismo que los huesos
[saben
y miro, sin embargo,
el viento puro, y sin tristeza
suspiro en él, y algunas veces
[amo.

No hay aquí dolor exasperado ni amargura. Por eso, el tono de vaga melancolía, de serena aceptación sirve para realzar con gran eficacia la entraña ética desde donde se canta. La muerte, como realidad absoluta ("Todo es la muerte", dirá en alguna ocasión), y como tema poético, no encontrará específicamente en toda la obra de Bousño un momento más levantado. Pero la voz posterior quedará para siempre matizada por esta primera y definitiva experiencia. Como el hombre que acomoda su vivir, esto es, su diario estar ante la muerte, con los ojos bien abiertos, pero con la fuerza necesaria para aún proclamar que "la vida es dichosa". Lo que ya le concedía allí su más estimable ganancia, en el orden estrictamente lírico, era la capacidad de este poeta jovencísimo para encontrar la justa objetivación, el lenguaje exacto, el estremecimiento emotivo en consorcio feliz con los saldos de una rigurosa actitud reflexiva.

Estas virtudes salvan la poesía siguiente de Bousño (*Noche del sentido, Invasión de la realidad*) del riesgo de aridez a que podía ser proclive por su temática. Es el suyo un acento sumamente emocionado, de una forma de emoción transparente y clarísima; y aunque se nos diga una y otra vez lo que fue en principio el resultado de un exacto proceso de reflexión —el del hombre y su duda frente a la realidad— lo que se comunica es siempre una vibración emotiva, un sentimiento de muy fino matiz:

Yo nunca supe si vivía.
Si vivía, Tú lo sabrás.

Pero de niño contemplaba
de pronto el cielo sobre el
[mar,
y se ensanchaba el pecho
[puro
viendo el viento con su
[ademán
de arrastrarnos con su alegría
que no era incierta ni fugaz.

La duda, como toda situación límite, es insostenible, y el hombre tiene que labrarse su superación. Esta exigencia concede a la poesía de Bousño, desde que encontró su destino, la más alta temperatura moral y a través de ella su proyección metafísica. Asistimos entonces a la lucha del espíritu por alzarse sobre la limitación y la angustia. En el estadio último, el poeta quiere aferrarse a los hechos de la realidad natural cuya fijeza los hace aparecer como resistentes en más alto grado que el hombre a la acción destructora del tiempo:

Dejadme con las cosas
también. Son realidades
súbitas que se crean
duras a cada instante.
Emergen con firmeza
cruel. Se satisfacen
con su presencia misma.
Dicen: "Toma, regálate".

Empieza a hacerse posible de nuevo la ilusión del conocimiento. Pero no es un puro conocer de los sentidos a lo que se aspira sino más bien a eso que invocamos como un saber de salvación. Afán de permanencia (*pasión de ser*, la llama el poeta), necesidad de asidero y sostén son los que mueven este himno exaltado a la realidad: a los seres naturales y a aquellos otros —un jarro, una puerta— que son pura materia en duración, continuación impassible más allá de la mano que los creó. Búsqueda, en fin, de una forma de trascendencia, que es expresiva de un impulso de naturaleza esencialmente religiosa. Y ese impulso, al margen de cualquier denominación, ha sostenido de un extremo a otro la poesía de Bousño, y ha dado ternura y calidez humana al acento. Quien allí ha cantado es un **corazón pequeño**, autodefinition que se repite en sus versos, nada temeroso de mos-

trársenos en su más radical desvalimiento.

Se resume así una evolución espiritual de humanísima traza: de la fe en la revelación hasta la duda absoluta; y desde ésta, otra vez, al encuentro de una nueva forma de fe. Nunca ha estado lejos del hombre, pero hoy está más conscientemente cerca de él. Quizás, por eso, en el camino de estarlo también más útilmente:

Suena en la noche como un
[solo anhelo.
Resuello: humanidad.
He aquí la fuerza que aspiró
[a ser cielo
y sólo es realidad.

En la lectura de un poeta joven, que justamente está arribando a su estricta madurez cronológica, la previsión del futuro puede ser tarea acaso más tentadora que la revisión misma de su pasado. Creemos que en esta conciencia e identificación con el dolor total del hombre está la abertura para la poesía no escrita de Bousño. No ha podido hacer otra cosa que estar a su lado, ya se ha dicho. Pero su sensibilidad, siempre en vigilia tensa ante las trágicas señas de los tiempos, acabará por revelar que aún hay formas de la angustia humana que no han llamado a su puerta. Le descubrirá también, y él bien lo sabe ya, que la injusticia del mundo (y no sólo aquella ontológica del hombre frente a su tiempo personal e intransferible) puede ser objeto auténtico de preocupación lírica, ajeno al exabrupto político y al panfleto en verso: algunos textos inéditos de Bousño empiezan a revelar esa preocupación, y muy lúcida y muy poéticamente. Junto a aquellas formas de la injusticia y de la angustia colectiva de la humanidad, de las que no es posible la huida, tiene que haber también formas no transitadas de salvación y de esperanza. ¿Será necesario insistir en que es deber de todos, de los poetas antes que de nadie, ayudar a desbrozar esos caminos?

Poemas de Carlos Bousoño

Se reproducen aquí los tres poemas titulares de sus respectivos libros y algunos textos inéditos de *INVASION DE LA REALIDAD*, de inminente aparición. Estos últimos se publican con la amable y expresa autorización, para BRECHA, del propio poeta.

SUBIDA AL AMOR

Mira los aires, alma solitaria,
alma triste, que sola vas gimiendo.
Asciende, sube. Amor te espera.
Dios te espera en la cima de tu vuelo

Aleteante, temblorosa y blanca
te veo subir entera entre los vientos.
Te vas dorando. Solar eres,
clara y solar sobre los cielos.

Alma sola de Dios junto a su rostro,
rostro de luz que cubre el firmamento.
Inmensa estás tocada en luz naciente.
Inmensa estás la luz de Dios bebiendo.

Cara con cara junto a Dios, contemplas.
Cara con cara yo te veo.
Vida con vida, luz con luz,
cielo con cielo.

Luz de amor, luz de vida
lenta en los aires bajar siento.
Fundida luz de Dios con luz del alma.
¡Oh claridad en el silencio!

PRIMAVERA DE LA MUERTE

Todo es la muerte, pero la muerte es traspasada por las cuatro
[estaciones,

y el cielo de azul inasible, de delicado más allá,
es la eterna primavera, la dulce sonrisa de la muerte
que va en tenue pasaje y terso viento.

Ved, el campo florido, el árbol verde,
la hierba que apenas es un suspiro,
la corriente fresca del arroyo feliz
bajando de la montaña tranquila.

Oh, no podemos comprender que dentro del río sereno esté
[el mar ocultamente,
que en la mirada más temprana se oculte el remoto destino

[triste
y que el adolescente sea también muerte
vestida de luminoso encendido.

¡Cuánta frescura y luminoso ámbito,
ambiente venturoso donde parece respirarse la vida
y es sólo muerte traspasada de primaverales susurros,
es tan sólo acabamiento sin posible esperanza!

Oh, yo no quiero contemplar los felices retornos
de las blancas flores sobre el árbol verde,
las aves que parecen el mensaje de la alegría,
y todo cuanto al corazón invade en la época de los felices
[presagios.

Yo no quiero sentir las invisibles ondas de la dicha
que como delicada quimera
van en la primavera susurrante,
poniendo en el labio adolescente una engañada sonrisa.

Yo no quiero escuchar esos suspiros
que pueblan la brisa en deliciosa fuga,

y lloro ante los espigados seres
que van soñando como una ilusión del viento.

No quiero ver la felicidad precedera que tornasola el rostro
[del joven,

el cuerpo sin penumbra del que amanece como el día,
porque todo es la muerte en primavera melodiosa
que por la tierra pasa con inefables acordes.

Ay, el perfumado jazmín,
el naranjo que parece extraer de la tierra toda la pasada
[dicha de los enterrados

y ofrecerla a los hombres como nueva alegría,
en aromas y en frutos del color del poniente.

Ay, porque pronto pasará la primavera
y veremos entonces lo que somos,
la triste desesperanza,
y la invernal muerte desnuda.

NOCHE DEL SENTIDO

El olfato no huele, ojo no mira.
Ni gusta lengua ni conoce el seso.
Eso sabemos, corazón que aspira.
Tan sólo eso.

Quién pudiera cual tú mirar tan leve
esta colina que una paz ya toma;
mirar el campo con amor, con nieve;
poder llamarlo fresca luz, paloma.

Quién pudiera cual tú tocar tu mano,
saber que es mano y conocer tu sino,
saber tu hueso fatigado, humano,
pensar el viento que en la noche vino...

Saber qué es este ruido, esta nonada,
este grito que nace de un abismo,
de una tristeza tan desconsolada
como el amor que surge de ti mismo.

Saber la luz y conocerla hermosa,
mirar el cuerpo y conocer su brío,
mirar la noche que en la paz reposa,
fuente sellada al pensamiento mío.

Mirarte a ti, mirar a tu hermosura
cuando contemplas mi dolor humano
y me suavizas en la noche pura
con la caricia de tu blanca mano...

Quién pudiera decirte amor, abrigo
de mi vivir, y en lenta letanía
llamarte luz, nombrarte viento amigo,
campo feliz y cielo de armonía.

MUNDO DE COSAS

(INEDITO)

1

Aún hay luces en el
pueblo dejado atrás. Otorga
tu limitación a la duda
pon sordina a la luz más hermosa.

Más allá, sin cesar, se mueven
las oscilaciones de sombra.

Los apagados cerros limpios
surgen, sin promesas sonoras.

Vigilia en pie de muerte

por ALFONSO ORANTES

Suele buscarse en la poesía ideas y problemas o perseguirse participación sentimental y emotiva. Empero, el contenido poético implica un dualismo por su objetividad verbal y subjetivismo emocional. Esquemáticamente toda cuestión verbal queda reducida a sonido y sentido: la cadencia métrica, lo externo de su carácter y el ritmo interior, tenso y vibrante, de

su expresión. Lo primero transmisible por la palabra, lo segundo, íntimo e inclito en el poeta, intransferible por prístino y original. Alguien dijo que "hay además en la poesía ciertas cosas inefables y que no pueden explicarse". Residiría en todo ello el secreto de su creación, lo substancial que sólo el poeta puede comunicarnos.

Mas la cuestión no es tan simple. La esencia poética reside en la palabra y dentro de ella, y al expresarla de ahí nace. La poesía no sólo como sonido sino como sentido tiene en sí "virtud profética". Su imagen, llena de sucesos y vibración, dimana de su interioridad al transfundirse en comunicación mental y emotiva, transmitiendo su gracia y secreto inviolable, misterio-

so, transformador y permanente, eterno. Por eso es intraducible.

"La poesía hace patente una actitud del hombre ante el mundo y al través de su aatemperada hondura esencial", dice Pfeiffer. Pero esa actitud de tal hombre, el poeta, es privilegiada no sólo porque expresa algo, sino porque lo contiene en su realización verbal. Expresión y contenido deben ser de calidad y rango, responder a una realidad, poseer valor y sentido, ser humanos y auténticos. Aun esto no es suficiente. Si no tiene originalidad, carece

(Pasa a la página 16)

¿Qué ha sido de ti? Ha vibrado
una voz silente o zumbona
que hacia el pasado pone ceño
y risa al mañana, al ahora.

Se ha roto el encanto. ¿El destino?
Te comprometiste de sobra.
Hubo cerros, batistas, sueños,
palabras, ensanches: zozobras.

Metiste la mano en el limo.
Salía con sangre o con sorna.
Era el revuelto fango triste
que asomaba como una aurora.

2

¿Qué fue de aquel niño? ¿Lo sabes
acaso tú, blanca señora,

que aún lo miras cruzar ligero
por la avenida aún luminosa,
con esa gracia aún descubierta
en la ribera aún fresca y sola,
en la mano la luz temprana
y en los ojos la luz dichosa?

3

¿No hay destino? ¿Sacias la sed,
abarcas la luz, subes cotas,
desciendes al valle, sumerges
tu felicidad en la aurora?

Eres cuerpo donde se anhela,
donde se respira o solloza.
Eres cuerpo de carne humilde,
de linde precisa y notoria.

4

Criatura viva y sin sueño,
atenta, civil, tan a solas.
Has podado tu fantasía
donde suprema ardía una rosa.

Hoy te queda la realidad,
catedral de invertida bóveda,
en donde suena el hueco mundo
con profundidad silenciosa.

5

Oh desgarrada realidad,

hueca y maciza, azul, porosa,
luminosa como la luz
y, como una caverna, lóbrega.

Estremecida como el viento
y, como una laguna absorta,
terca como piedra encajada,
eterna y dura y transitoria.

6

Añiles, rojos, soberanos,
campos de trigo, leves formas,
amarillos del entusiasmo
y horizontes de tintes rosas.

Os amo, os amo. Os amo siempre.
Os amo, terrible y monstruosa,
multitud de agorera fama
donde todo esperar se agosta.

Os amo, horrible y necesaria
realidad mía, horrenda tropa,
cuenco vacío, espejo inútil
que refleja la vida toda.

EL AGUJERO

(INEDITO)

No escuches esa voz que no te llama.
No escuches. Sigue así.
Meditación oscura y negra llama
de quieto frenesí.

Pobre agujero, necia singladura
por un mar ya sin fe,
por un agua sin viento, donde dura
sólo lo que ignoré.

Mar de un sollozo, cielo de un gemido,
suspiro que murió,
en donde un barco es aire que se ha ido,
veía que no existió.

Cielo que no existió se ha evaporado,
y quien no pudo ser
no existe ya por el acantilado
que nunca tuvo ser.

Oh historia extinta. Abierto el sumidero
el agua se escapó,
el cielo se escapó. Mal agujero
ese que en ti quedó.

Poemas de un solo poema

Vigilia en pie de muerte

Por ISAAC FELIPE AZOFEIFA

BRECHA publica parte del magnífico Poema de Isaac Felipe Azofeifa, VIGILIA EN PIE DE MUERTE.

Consideramos este libro con gran unidad lírica y de pensamiento Poético profundo, uno de los mejores Poemas escritos por un Poeta costarricense. La selección dará al lector una muestra

de lo que es POESIA en el sentido pleno de la palabra. Este Poema obtuvo el Primer Premio Republica de El Salvador en el Certamen Nacional de Poesía año de 1961 auspiciado por el Ministerio de Educación de esa hermana República.

A. E. L.

Náufrago quizá, y desnudo, nace el hombre,
náufrago muere.
Su soledad le da la mínima
dimensión del insecto.
Tiempo y espacio son
amargos alimentos de su alma.

Vivir eternamente
y morir cada noche.
Quizá la vida sea un anillo
sin fin, que el hombre sin cesar recorre
perseguido en silencio por su muerte.

Y andar, y siempre otra distinta huella:
¿o es la forma fugaz del mismo pie
que se deshace
sobre la misma arena?

Sin embargo,
ved el tiempo fugitivo
detenido en la estatua.
Hinche el júbilo de la gracia el vientre de la tierra.
El amor congrega al hombre a su convite.
Y habitada de dioses, la luz desposa el cielo
y hace girar vertiginosamente
la poderosa vida infinita.

En las tumbas no hay nadie.
No aparece la estrella que esperamos;
pero el amanecer viene cantando
y el hombre está de pie
alegre, puro, libre, como un héroe
que sabe que es un náufrago y que muere.

VIDA Y MUERTE

Ninguna palabra agota su sentido
y acaban por no tener sentido las palabras que escribo.
Detrás de ellas corro
como quien sigue, perdido, un sendero en el bosque, de
(noche,
en lo más oscuro de la noche y del bosque,
o una luz que es sólo luz para su miedo,
o un pájaro mágico, enemigo
que atrae para perderme.
Pero la forma perdura. Es lo que al cabo de la lucha poseo.

¡Ay, de mí!
Es el ala del pájaro y no su vuelo;
de la luz el fantasma y no su origen:

de la música su sonido y no el ilímite silencio;
del ardor de crear, las heces y no el gozo.

Quizá sólo el fruto sea lo que importa a la vida;
o la semilla que guarda el fruto, o la savia renovada
cosecha tras cosecha,
o tal vez sea eterna la vida por el instante sin límite
de la fecundación, del sueño,
de la idea que enciende su brasa pura y se apaga
dejándome exhausto, como en la fatiga de un acto
del cual dependiera
la vida o la muerte del universo, de Dios, del mundo.

Oh, Dios, si algo de esto fuese cierto,
mi vida y la del mundo empezarían a tener sentido.

Pero,
por qué se me ha negado el paraíso;
por qué he de ser el errante, negándome siempre a mí
(mismo;
el que busca sin descanso y sin moverse;
el que comió maligna fruta, el echado de su huerto feliz,
el rebelde ángel, señalado para ser desposeído de sus
(alas,
lejos del divino sosiego, del ser que es sólo ser,
y existe sin mudanza,
y es eterno,
sin forma y sin límite.
Sin muerte.

RONDA Y CANCIÓN

Una vez más el amor me ofrece
su bastón henchido de rosas
para encender el fuego de la vida.

Una vez más el sol parece nuevo
y la lección de amor comienza
con la ronda del verso
y la brasa del vino
y la canción.

Ah, la mujer y la flor
tan parecidas!
Ah, el amor y la llama
tan iguales!
Y la celeste mariposa
que alas y vida en ella quema
siempre.
Y no aprende.

Venga el amor a mí, porque mañana
será otro día.
Dance el fuego su danza de exterminio,
que mañana
será otro día.
Suba a la uva el vino,
baje a la mar el agua.
Venga el ritmo,
Venga el amor a mí, porque mañana
será otro día.

Hasta el último leño arda en el fuego.
Siga la ronda
y la canción.
Siga la ronda, y la canción repita:
"No habrá mañana.
No habrá mañana".

LUGAR COMUN . . .

La vida,
la vida aquí, la vida ahora, es fea y triste.
Aquí la ley, la regla y el horario.
La señal, el reloj y la campana.
El tiempo es para comer, para dormir o trabajar.
Se pierde el tiempo si se sueña
aquí y ahora.

Que no corran las gentes, que no corran.
Siempre habrá quien alcance primero la sima de la muerte.

Quiero todo el lugar común en estas líneas;
la prosa pedestre que define la muchedumbre,
el tumulto de las ciudades,
el hormiguero municipal de las gentes
que se atropellan en las puertas de los cines vulgares,
de las vacías iglesias, de las tristes estaciones,
de los estadios estúpidos, de las frías universidades,
y seguramente en las puerta del fácil cielo que se espera.

La vida aquí y ahora es fea,
y duele.

NO ENCUENTRO DONDE REPOSAR . . .

He sido, soy, seré, posiblemente para siempre
lento, ininteligible, oscuro,
como de espesa sombra, a duras penas, proviniendo,
y aun a veces vago, indeciso,
siempre extraviado,
solo entre cosas extrañas,
y asediado de seres sin nombre todavía y sin lenguaje,
que, por lo tanto —oído, por lo tanto—, nacen
y se alargan huyendo dentro de mí mismo.

Y entonces no encuentro dónde reposar,
ni un rincón en mí, ni una pared
donde escribir mi nombre,
y sin embargo, yo sigo existiendo, y me incorporo
y grito
sin oírme, Isaac Felipe, tres veces, corriendo,
por entre el bosque de hostiles nombres que me rodean
y que me deben, me deberán por siempre, el haber nacido
tal como definitivamente serán, una vez que haya
(amanecido
la lenta luz que siempre llega, a duras penas.

SOLO TU SOLEDAD ES TUYA . . .

Antena, y más, cien ojos, y más, la piel herida;
y más aún, la carne abierta, y luego, el alma
expuesta al grito, ay, como una blanca médula doliente.

Inútilmente buscas tu raíz misteriosa.
Eres humus para tu aguda uña desesperada,
en la angustia nocturna de tu sueño.

Junta el alma a tu alma. No lo puedes.
Imagina la puerta de tu hermano abierta.
Eternamente velarás sin poder traspasarla.

La palabra es un lazo musical que ata y desata
la mariposa leve del sentido
y se roba la voz, el alma, el verso, la poesía.

Sólo tu soledad es tuya.
Sólo posees tu profundo silencio.
La roca de silencio en que te abismas
sin pensar,

hecho un ovillo de pura existencia,
gozando de tu vida
y sufriendo tu muerte de este mismo instante
con la muerte del mundo.

Y no queda de ti más que tu verso.

COMPARABLE A UN ANGEL . . .

He convocado todo el territorio de los seres
para el día del descanso.
Ahora debo reposar desnudo y frío entre la hierba
como un dios fatigado.

Con la palabra fue creado el mundo,
pero ninguna puede contenerlo.
Ahora lo sé; sin embargo, el poeta sigue buscándola
y entonces, del fondo de sí mismo, nace
el hacedor, el dios,
poderoso y doliente.

Pero el poeta es también un ser ordinario,
común, y más semejante que los demás al hombre.
Ama, come y duerme

y es rencoroso y dulce
y trabaja también como los honestos bueyes vencidos
para ser útil y quizá por esto recordado.

El solitario no es el abandonado.
Está rodeado de saludos y símbolos y misteriosas palabras.
Sube la infinita ola, la generosa
ola del mundo, y lo derriba
adentro de sí mismo.

Y el mundo está presente para el día del descanso.
El día de la partida llega, ha llegado.
Como un río el poema desemboca, y vuelve a su origen.
Declina como una estrella, y nace:
no concluye ni empieza.
Tiene naturaleza de milagro. Se reveta.
Es una eterna luz que de pronto
—no de pronto, pero en cierto modo repentino—,
deslumbra, ciega y habla, comparable a un ángel.

El día del descanso y la partida ha llegado.
Después del vasto ruido sucede un vasto silencio.
Ahora nada existe sino la noche otra vez,
y el oscuro anillo, el ciclo inmutable, se suelda,
se completa.

Yo sigo siendo todavía, vuelvo a ser, seré por siempre
un mínimo animal diferente por lo atado a mí mismo,
y doliente, y lleno de terror,
sin esperanza.

(Viene de la página 13)

de trascendencia, de permanencia y eternidad, porque la poesía es "iluminación del ser, verdad del sentimiento". Mensaje. Revelación del ser y la belleza de la existencia mediante el lenguaje.

Por eso ha dicho un poeta centroamericano, Carlos Martínez Rivas: **Difícil cada vez más la poesía**, porque la capacidad de expresarse la tienen todos, ahora más que nunca, en que el habla extiende los horizontes del pensar y el hacer debido al progreso humano. Pero la poesía siempre quedará concentrada en un ámbito extremo y supremo, en poder inconmesurable de síntesis y expresividad, en mayor hondura y altura. Le renovación de la poesía sigue el ritmo de la época. Su aceleración tiene que ser mayor que ella y su intensidad más entrañable y nueva.

Estas consideraciones nacen de la lectura de **Vigilia en pie de muerte**, del poeta costarricense Isaac Felipe Azofeifa, obra llena de congruencia y unidad por su lenguaje y su carácter, ritmo y contenido, tema y resolución. No es una poesía revolucionaria ni innovadora, pero tiene originalidad. Difiere del fácil hacer de poetas en quienes una mezcla de lo personal y cotidiano dan productos insípidos e incolores, equívocos y casi siempre falsos. Azofeifa combina elementos subjetivos y universales. Expresa su mensaje con propiedad y sentido,

**Y el verso, clavado en medio del corazón,
duele en el día
como una secreta herida envenenada.**

**Ah, la mujer y la flor
tan parecidas.
Ah, el amor y la llama
tan iguales.**

El poeta aprende soledad en la urbe:

**Sólo tu soledad es tuya.
Y no queda de tí más que tu verso.**

Cuando se refiere al poema dice:

con dignidad y altura, trascendencia y novedad, con sostenido acento poético.

No en pie de guerra, / en pie de muerte vive este hombre, dice, es decir, todo hombre, y el batallar de su existir y subsistir, es sólo lucha contra la muerte.

Toda poesía es algo autobiográfica. Cuando un poeta auténtico la expresa resulta biografía de todos. Privilegio del creador. Y cuando la vida de todos se refleja en la poesía, ésta tiene que ser auténtica. Característica de **Vigilia en pie de muerte** es su autenticidad poética. A medida que nos sumergimos en el mundo creado por el poeta aparecen su sentimiento y tribulación, su inconformidad y drama, su pequeñez y grandeza. Lo que atrae y apasiona, es la forma de ofrecernos su vida y ansiedad, su lucha y esperanza, su mensaje. **Vivo el terror creciente de ser hombre**, dice.

En la poesía de Azofeifa resuenan ecos de antiguos y modernos poetas; pero su voz tiene una singular calidad y afinación que se depura a medida que va internándose en el laberinto de lo humano. **Náufrago quizá, y desnudo, nace el hombre, / náufrago muere**, añade y desde **Vigilia en pie de muerte**, a través de **Vigilia de la medianoche**, **Vigilia del mediodía**, **Vigilia de la poesía**, al **Júbilo** o la **Naturaleza** y **De profundis por una mariposa**, el poeta revela su capacidad, poder y versatilidad para resolver los aspectos de las vivencias de su creación.

**Como un río el poema desemboca y vuelve a su origen.
Declina como una estrella, y nace:**

**no concluye ni empieza.
Tiene naturaleza de milagro. Se revela.**

Y luego la certidumbre de ser, de estar aquí, de aceptar el destino de ser hombre:

Escucha cómo viene creciendo el mundo, escúchalo:

"Fuego sobre la Tierra", es una visión apocalíptica magnífica. Después de la catástrofe, adviene de nuevo la vida que **es infinita y perfecta como un círculo.**

Aunque la destrucción del mundo no llegará, a pesar de que

el gran hongo me oculta el arco iris

porque, para eso

**Morirá primero, y otra vez, la luna,
en una guerra ensayo.**

El poeta cree:

Creo en la libertad, el bien y la poesía.

**Y sin embargo, yo, uno cualquiera,
creo en tí, hombre, porque primero y antes
también yo soy un hombre.**

Lo antepasado dice su mensaje de saber y esperanza por medio de

**La viejecita india hecha
de tierra cocida y proverbios antiguos.**

**"De veras, hijo,
ya todas las estrellas han partido.
Pero nunca se pone más oscuro
que cuando va a amanecer".**

Y advierte el "Júbilo"; frente a la ingratitud y la injusticia, la contricción. El poeta eleva su canto a la altura de un himno que toma ímpetu de epinicio.

En el **De profundis por una mariposa**, Azofeifa da una nota de nuevo y elevado lirismo. Elevado por la manera de externarlo y conformarlo, nuevo por el acento refinado y recio, ágil y sobrio. En "Vuelo", la gracia danza en la estructura y la palabra, en el giro y en el ritmo. Es la culminación de la obra. En una nota como ésta no es posible puntualizar cada una de las excelencias del poema, que es una obra acabada, impecable,

en el que no sólo se mantiene su impulso inicial, sin decaer un sólo instante, sino que en algunos momentos crece y se engrandece. Una poesía así nos devuelve la confianza en el poder creador de los poetas centroamericanos, en su fuerza expresiva, en su porvenir para abordar los temas con mayor hondura y altura, con más perfección, con más depurado idioma y mayor esencia.

Tomado de: GUIÓN LITERARIO, Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, Año VII. No. 74. — Febrero de 1962 — San Salvador, El Salvador, C. A.

A P U N T E S

para una Historia Natural del Diabolo

por FRANCISCO AMIGHETTI

También yo cumplo con mis deberes y no crean que dejo de sacrificarme me contestó el diablo, en las fiestas me siento en un rincón, soy un desconocido, pero cuando renazco de mi espera hecha de silencio y de sombra, salto con los que bailan, enlace a una mujer, y animo la reunión. Me diversifico, soy a veces el mozo que corre con los vasos en donde el fuego del alcohol se alimenta de las amatistas de la luz; soplo los instrumentos de viento, paso mi mano que es más bien una garra sobre las cuerdas, y obligo a saltar las notas adormecidas; despabilo el piano corriendo sobre el teclado como un gato que fuera Mozart, y danzo creando ritmos que se introducen en el cuerpo de los danzantes como hacía en los pueblos primitivos en la época de las guerras crónicas. Yo inyecto en las fiestas que decaen el dionisiaco ímpetu y hasta los cadáveres se vuelven galantes, y como todo lo vigilo con más ojos que Argos, también proporciono el cansancio y el sueño de aquellos que podrían detener, o al menos poner obstáculos al girar de las pasiones que nacen en el mundo de los hombres que danzan sobre los instantes con su corazón próximo a deteriorarse, con sus úlceras embalsamadas, con su cáncer escondido, con la locura asomándose a los ojos. No saben todos ellos que abrazan en la noche llena de lámparas, los días que luyen, escuchan las palabras que no volverán a sonar jamás en sus oídos, no crean. Uds. que soy Becquer, y si esto piensan están equivocados, a veces el diablo

coincide con los poetas, así como también los poetas dicen mis palabras sin ser ellos el diablo.

Después de un breve silencio continuó:

—Quédense en las fiestas hasta que éstas terminen, sean los últimos en irse, esto no se lo aconsejo a todos porque entonces todos se quedarían y nadie podría ser el último.

Permanecería aquí de muy buena gana, dijo mi amigo, —hasta despedirme de los que me han invitado, y si ellos salen como suele pasar me quedaría en la casa esperándolos al lado del clavicordio de las botellas, porque mis principios me impiden dejar de despedirme.

—Eso y ya es demasiado, contestó el diablo, —no estamos en los días de la prohibición. Sin embargo, dijo—, volviéndolo a reanudar su pensamiento, para mí todo esto es una rutina, en el final de las fiestas, con su mezcla de amor, celos y alcohol se suceden peleas todas muy parecidas, las mismas infidelidades con pequeñas variaciones, los mismos hombres que usan su última lucidez para hablar de negocios, o hacer demostraciones sentimentales de amistad, y aquellos que son tan amables que deciden ir a dejar a sus casas a los que no pueden llegar a ellas, y que cuando chocan pasan directamente al hospital y de allí al infierno donde por mi desgracia continuo viéndolos. Todo lo sé, es parte de mi spleen, sin embargo, también como

los hombres en cada fiesta trato de olvidar y me divierto. Olvidarse de uno mismo es el secreto de la cortesía, pensar sólo en los demás, me siento una celestina cuando hago la presentación de las gentes, sé que avivo el brillo de las lámparas y el destello de los ojos, provocho la desnudez escultórica para que la piel mate y perfumada se convierta en la arcilla más codiciada, y después me dicen que no trabajo y que no soy un artista. Me repito creando lo que otros y yo mismo hemos hecho. He leído mi propio pensamiento en los versos de un norteamericano, o tal vez se los haya dictado:

“Poeta, no hay canción perdida si en la canción está la vida, lo que se ha cantado mil veces cantadlo una vez más”

Todo es nuevo para mí, no por olvidado sino porque vuelvo a sentirlo, todo lo renuevo con la emoción, por supuesto nunca pierdo la lucidez, y hago intervenir los antiguos trucos que he perfeccionado, como hacen los novelistas y los escritores de teatro. Me niegan pero no me amargo por eso, como algunos pintores que no venden y siguen pintando con el mismo entusiasmo como si se disputaran sus cuadros junto al caballete cuando los está firmando. Soy un gran optimista, la virtud y sus progresos me aburre pero no me desespera. Cuando asistía en el Egipto a los juicios de los muertos, y algunos llegaban diciendo: “Nunca he estado triste”, estaba seguro de que

mentían, porque el único que nunca ha estado triste soy yo, aunque me haya aproximado a ese estado de ánimo a través del tedio.

Esta conversación pasaba en una fiesta en que nosotros éramos los últimos, y los señores de la casa dormían no en sus lechos de púrpura sino en el suelo. El diablo que hasta ahora lo veíamos a pesar de haber estado desde el comienzo según nos aseguraba. Mi amigo y yo, éramos los únicos sobrevivientes de aquel naufragio en donde quedaba una botella bamboleante que mi amigo escanciaba llenando la copa de un líquido que tenía el color de la plata en llamas.

—Yo he escogido, dijo él, mi muerte. No moriré de lo que disponga el médico, y levantaba la copa llena de un alcohol probablemente desinfectado y ascético, que de puro esencial había rechazado todo aroma que no fuera el de sí mismo.

—Así sea, dijo el diablo con una taimada resignación de fraile, pero agregó, sin embargo no se sienta tan dueño de su destino porque también puede morir Ud. de un vulgar accidente.

—Pues yo, volvió a insistir mi amigo he escogido mi muerte, y también la fecha aproximada, y levantó la copa poniéndola a destellar contra la luz. Sé que el alcohol es un símbolo de donde surgen muchas muertes, la volitiva por ejemplo, que es una abulia en que la única voluntad que resta se concentra sobre la sed que no se sacia. Sé que esta liberación que se obtiene es también la muerte de la responsabilidad. Esta presunción de querer escoger mi muerte les podrá parecer a Uds. una blasfemia, pero ya que conversamos no puedo dejar de comunicarles algo de lo que pienso, porque los estimo lo suficiente para arriesgar ciertas verdades, y continuó. Así como otros escogen su profesión y su esposa, creo haber vivido lo suficiente para saber de qué necesito morir, y moriré largamente coqueteando con la vida —es eso lo que estoy

Relato inédito

de Alfredo Cardona Peña

Y

Nota Crítica sobre un Libro de Salarrué

FABULA DEL OPROBIO Y LA LUZ

Con la narración titulada **El mejor cuento de misterio**, que escribí el otro día, no ha sido publicada ni leída aún,

pero sucede que una noche de éstas, mientras dormía, un anciano me salió al encuentro. Probablemente venía de

uno de esos curiosos círculos que la mente proyecta cuando se sumerge en el no ser.

haciendo ahora— y probablemente seré castigado con la longevidad a la que aspiro, como la de ciertos ancianos que cuando pasan de la silla a la cama, pasan de una tumba a otra. Puede decirse que tengo dinero, el cual se acrecienta con la codicia de mis parientes más próximos, y esto último es lo que me lleva a cultivar el sadismo de invitarlos a comer para disfrutar de sus miradas interrogantes paseándose por mi semblante cetrino, y disfrutar con ellos de la alegría que sienten cada vez que lleno mi vaso de vino, el vino que apresura los días y le pone alas al tiempo.

—Soy un filósofo dijo, y lanzó un tremendo hipo.

No sé si el hipo o la palabra filósofo despertó a uno de los durmientes, que como un energúmeno se levantó exclamando.

—Aborrezco la filosofía, me dan náuseas cuando oigo esta palabra.

Las invectivas de aquel hombre no lograron desconcertar a mi amigo que replicó, ya que nos ataca Ud. tan inesperadamente, dígame si existe algo mejor que la filosofía, porque nadie ataca algo sino es para defender otra cosa.

—Ya veo dijo el hombre que decía aborrezco la filosofía, se le nota a Ud. inmediatamente su deformación, no

puede hablar sino con silogismos e implicaciones morales, y noto que esto se le acentúa al tratar de anestesiarse con esos viles licores. Ud. cree que vivir es conversar con una copa en la mano. ¿Han estado Uds. en una sala de juego?— preguntó. Mi amigo había contestado negativamente dando por hecho que la pregunta se refería a si habíamos sido jugadores. El diablo fue el único que asintió con la cabeza y agregó—no puedo desconocer mis propias creaciones, mi retrato debería estar en las salas de juego, sin embargo aparece solamente en algunas cartas de naípe que usan los magos en sus adivinaciones—.

El recién llegado o mejor dicho el recién levantado del suelo no tomó en serio lo que el diablo decía, o al menos le pareció encontrar que alguno de nosotros simpatizaba con sus gustos más profundos porque exclamó: —veo que Ud. sí sabe lo que es una sala de juego, las mismas gentes que se encontraban fuera, ya dentro, se transfiguran como si un espíritu satánico se les hubiera metido en el cuerpo. Los ojos relampaguean, las joyas de las mujeres destellan trituradas por la luz, y sus actitudes cuando juegan tienen la pétrea serenidad de los seres que no son terrenos y pertenecen al arte. Las manos de los hombres saliendo de los puños color de harina tienen elegancia de garras. La calvicie de los viejos no es como la de los filósofos, es la

de los emperadores romanos. Los surcos de los años están escritos en sus rostros no por el cotidiano aburrimento sino por la caligrafía de las pasiones. Además existe el aire, el ruido de las cosas que chocan o que ruedan o que crujen, el sonido del oro y la seda junto a las palabras rituales, y cuando viene el silencio, es un silencio vivo que late encendido de rumores, es un paréntesis helado que preludea hecatombes magníficas.

Yo era cuando jugaba, un autómatas elegante que sufría, gozaba, y sentía dentro de mí otro yo, un demonio como el de Sócrates me dictaba las jugadas y me hacía ver los colores y los números con la intensidad de una droga alucinante.

Escancié con mis manos corrientes de oro, más cegadoras que los soles con que Dante iluminó el Paraíso. Eran soles pequeños aunque de más rápido destello. Tuve golpes de suerte y perdí y gané también como un príncipe, sinceramente creí que era amigo del diablo, tal vez lo era yo mismo, y continuó con el mismo entusiasmo. La gloria no consiste en que lo muestren a uno como a un fenómeno a unos estudiantes que sólo les interesa el deporte. Tampoco que los tontos que aprenden, les hagan discursos a los otros, o aparecer disecado en las pomposas tumbas de una enciclopedia. La gloria es el rumor del oro en los salones iluminados, el terror oculto de los que se

He de aclarar que mi narración terminaba anunciando el primer acto de caridad realizado por un demonio, y cómo el hecho provocó una verdadera revolución.

El viejo del sueño se me acercó sonriendo.

—Ya conozco tu cuento, hijo —oí que me decía, con el tono afectuoso de los abuelos. Y tras un minuto de silencio, agregó:— ¿Por qué lo escribiste?

—Pues... porque se me ocurrió, porque me pareció un buen tema...

juegan la sangre, la energía aterradora de los que viven sus emociones con una máscara magnífica.

Cuando lo perdí todo, hubiera querido venderle mi alma al diablo, lo deseé con todas mis fuerzas pero seguramente no llegó, porque no tenía ya para qué comprarla, me la había jugado.

Me di un pistoletazo, épico ruido estremecedor, nada de muerte de filósofo, abriéndose las venas o apurando cicuta. Cuando mi pecho se sacudió con la explosión nacida de mi puño, la noche reposaba en el mar, y a mi lado se destacaba una arquitectura neoclásica. Qué mejor decoración para mi último acto, sólo la naturaleza presencié mi par-

Como si acabara de darse el pistoletazo cayó en el suelo con un estudiado estruendo, adoptando una pose dentro de la línea de su retórica anterior.

Mi amigo y yo nos despedimos del diablo, o mejor dicho de aquel desconocido que se empeñaba en serlo. Nos dejó en la mano su tarjeta con letras incisivas que decía, apartado 1640, y sacando un pañuelo nos despidió con un adiós romántico aunque con cierta sorna como si fuera un hasta luego.

Los criados nos alcanzaron los abrigos, y cerraron la puerta detrás de nosotros empujándonos hacia la noche que palidecía.

El viejo se sentó a mi lado (estábamos frente a un mar rojizo, sobre unas rocas) y poniéndome la mano sobre el hombro, sentenció:

—Con la ignorancia propia de quien no sabe, has tocado un verdadero misterio, pero conviene que te enteres de lo que en realidad pasó.

Yo me apresté a escucharlo, y él entonces comenzó a hablar, diciéndome lo siguiente:

“Cuando el Oprobio entró descalzo en la luz, ya no hubo más que perseguir y el universo se vio envuelto en una nube más peligrosa que las emanaciones radiactivas: la de la inactividad.

“El Oprobio, arrodillado como una bestia resplandeciente, recibió en su boca la Forma que no tiene nombre. En ese instante el orbe tembló, y en la profundidad de las llamas se produjo un instantáneo descenso de temperatura. Del chisporroteo se pasó al carámbano, y los seres que ahí moraban se convirtieron en estatuas de hielo. Entonces se produjo un trastorno sin límites...”

Conviene advertir que, por esa virtud que tienen los sueños de trasladar al espectador de una a otra parte sin cambiar de lugar, no más el anciano comenzó a hablar, desapareció de mi vista, representándose ante mí lo que iba diciendo, como esos filmes donde el narador va explicando lo que se mira en la pantalla. Ya comprenderá el lector mi asombro, no exento de temor, cuando oí “y vi” que me decía:

“Los ángeles organizaron una huelga de alas caídas, y los Tronos y Dominaciones inmovilizaron sus poleas y péndulos. Los talleres de la reflexión cerraron sus puertas, los estibadores de almas abandonaron los muelles, y las barcas de Caronte, abandonadas en los peñascos, balanceaban sus velas como sudarios.

“La carestía de buenas intenciones llegó a ser tan insostenible, que los ángeles fue-

ron en masa a pedir, ya no digamos aumento de redención, sino por lo menos una equitativa nivelación de indulgencias.

“¿Qué hacer? La Teología, ojerosa y trágica como María Antonieta ante el tribunal (aquí se escenificó la Revolución Francesa, y vi a Hebert lanzar a la reina su cruel acusación), suplicó con los ojos arrasados en lágrimas una solución al conflicto, pues en la tierra sucedía algo peor: mientras las celdas de los criminales se llenaban de flores, los palacios se desmoronaban.

“Eminentes dogmáticos, cuando abrían los libros, enloquecían de pronto al ver que de las páginas salían bandadas de murciélagos, y sus obras fueron vendidas como leña para los inviernos. (Aquí vi a unos encapuchados echando libros en un fogón, y yo me apené pues se trataba de ediciones príncipes, escritos por finísimos copistas de la Edad Media. Quise detener a uno de ellos, para arrebatárle un manuscrito con tapas de oro y figuras mitológicas, pero el anciano volvió a aparecer y me detuvo.)

Luego continuó:

“El Triángulo de Oro que tiene un Diamante en el centro estaba a punto de volver las cosas a su sitio, cuando descubrió, allá entre las ruinas de las nubes más viejas, la reunión misteriosa de tres arcángeles. Hablaban sin mover los labios, temerosos de ser escuchados, y se pasaban unos a otros ciertos papeles escritos con la sangre de los tiempos de Julio César. (Aquí pasaron instantáneos unos idus de marzo, y vi hablando en voz baja a Decio Bruto y a Servilio Casca, quien fue el primero en herir al tribuno con su puñal).

“El Triángulo de Oro suspiró, aliviado. Fue entonces cuando el hielo de las estatuas comenzó a deshacerse, y cuando, otra vez, se escucharon lamentos debajo de la tierra.

“El Oprobio, despertando, arrojó de sí aquel sueño fu-

nesto, los demonios readquirieron la naturaleza de las llamas, y todo volvió a quedar como antes. Para celebrar el acontecimiento, los ángeles agitaron sus alas, los Tronos y Dominaciones movieron sus poleas y péndulos, las barcas de Caronte se llenaron de almas, los estibadores regresaron cantando a sus labores, y la Teología sonrió como Cleopatra a la vista de Marco Antonio. Porque, sin esa lucha, el Diamante no estaría en el centro del Triángulo de Oro”.

Me levanté de un salto, pues vi que el anciano corría hacia las olas, volviendo a mí su rostro y gritando con el índice en alto:

—...¡no estaría en el centro del Triángulo de Oro!...

Inútil decir que desperté y me puse a escribir estas líneas completamente irreflexivas, aunque, en cierto modo, curiosas.

LIBROS CENTROAMERICANOS

LOS “CUENTOS DE CIPOTES”, DE SALARRUE

Los Cuentos de mi tía Pan-chita, de nuestra Carmen Lyra, y los Cuentos de cipotes, de Salarrué (que acaba de publicar la Universidad Nacional de El Salvador en forma primorosa), constituyen lo poco de clásico que en el género infantil haya aportado Centro América a la cultura de América.

No suele atinar el escritor de literatura infantil porque es adulto y escribe para los niños. Ser adulto trae consigo una serie de problemas en este menester, y aunque se ponga muy sencillo y emplee la travesura imaginativa para producir efecto, suele fallar en el candor y la ingenuidad, dos paraísos perdidos de difícil localización.

Candorosos, ingenuos y fantásticos han sido los maestros del género; éstos se pueden contar con los dedos, y quedamos meñiques.

Salarrué, artista plástico que además es notable escritor, certifica una de las inte-

ligencias estéticas más originales de nuestro Istmo. Lo que hacían los misioneros con el indio, que se acercaban a él para oírlo y aprender su lengua, repite él en su campo salvadoreño. Luego, no satisfecho, fue al niño y aprendió a escucharlo. Y como Rodó, embelesado ante la armonía que provocaba un parvulito al jugar con su copa de cristal, el oído de Salarrué se llenó de mariposas orales, y púsose a escribir desde adentro del alma del niño, amanuense ya del rey que le deparó su ejercicio de escritor.

¡Singular experiencia! Este libro que nos envía no contiene cuentos “para” niños: son cuentos “de” niños, y por eso resultan desconcertantes y únicos. ¿Por qué son desconcertantes estos cuentos de cipotes, regionalismo equivalente al *chacalín* costarricense, y al *escuinle* mexicano? El autor contesta: “Porque son los cuentos que nuestro niño nos está contando a su manera. No a mi manera, sino a su manera”. Quien sepa leer entre líneas atraparé la importancia de la declaración.

En los *Lectur Seminary Groups* que realizó una Conferencia de Educación celebrada en la Universidad de Michigan en julio de 1941, Salarrué abordó el tema, nuevo y asombroso, del cuento del niño (cuento hecho por el niño para el adulto) ante una numerosa asamblea de profesores, y estos especialistas se interesaron hasta el punto de hacer consultas y proponer experimentos en sus respectivos centros docentes.

Se sigue la técnica de los dibujos animados, sólo que se le agrega el encanto de la palabra sin ortografía oficial, paladeada y salivada como lo hacen los que están en plena edad de la magia. Y así, se lee este portentoso:

Puesique una angelita nalgona iba volando desnudita, y con una jlorcita en una mano y un guineyo en la otra. Y entonces le dolió la visagra del ala de tanto volar y dijo: “Me guá sentar en esa piedrita pelona questá ayí. Y se sentó y pegó un respingo porque estaba bien caliente de

POESIA NACIONAL

La Poesía de Joan Vidal

por RICARDO ULLOA BARRENECHEA

Cuando nos encontramos, ya al final de una detenida lectura, con los Tres Poemas de Abierto Amor, del libro Chaim o la resolución, queda en nuestro ánimo, la reseña escueta del muchacho-hombre Vidal. Y toma sentido la cita de Baudelaire: Con una indecible y viril voluptuosidad...

La poesía de Joan es ante todo amorosa. Y de "abierto amor", es decir, ese dejarse entregar en una dinámica de libertad ante un gozo exclusivamente juvenil, voluptuoso, traductor de experiencias eróticas y positivo por la realidad del acto.

El "amor cerrado" queda, a mi entender, descrito bajo las garras existenciales del hombre maduro, que ya no se enamora espontáneamente de la rosa, por lo que tiene de flor y de fragancia, sino que siente sobre las cosas todas, la sombra de la muerte y de las experiencias humanas.

El poeta siente ante sí la presencia de dos elementos constructores: el fuego y el barro. Fuego: ardor, sensualismo juvenil; barro: presencia del cuerpo.

La presencia de la materia hace posible una real efectividad del diálogo de los cuerpos: "La esperanza común de la igualdad la carne gemela canta". Y siente tan efec-

tiva la presencia del "objeto" que no duda en responder: "Mi amor es inmediato él encarna la tierra descubierta".

Todo descubrimiento lleva en su contexto el contenido del acto de poseer. Este diálogo de cuerpos y de carnes es un diálogo en "acto".

Y significa abolición del "número". La materia amorosa en su espumeante delirio tiende a ser "uno", conjugación suprema de dos cuerpos unidos por un aliento vital-cósmico que no permite —al menos en el valor del instante— la posibilidad de una rendija de pecado o de remordimiento: "Con tu nombre aboliendo el número en los lechos"; y eficacia de la acción: "De tus pechos de sal se plantan mis victorias" "...Al trabajo de mi boca no sustituyo las promesas".

Comprenderemos entonces que el libro se "abra" también con una Canción de Saffo El Joven. Juventud de la "joven señal" incomprensible sin esa salud y "alegría en el cuerpo", decantada desde el acto libre.

La juventud es una danza vibrante, que permite al poeta una imagen del amor vislumbrada desde la figura de Apolo, dios de la poesía y de las artes.

No dejaría de recordar sin

lástima un atajo enlazador. Heidegger afirmaba que "Habitar poéticamente" significa estar en la presencia de los dioses y ser tocado por la esencia cercana de las cosas".

Arte y esencia nos serían incomprensibles sin el concepto de libertad.

Bien ha hecho Vidal en traer a sus labios la presencia de un Dios y engazarla con el canto de la danza:

"Eran aquéllos que Apolo
[amó.
Aquéllos que no conocían la
[saciedad.
Que no podían interrumpir la
[danza.
Y que morían de sed de la
[belleza".

Estar en la presencia de los dioses significa un atender a la posibilidad de la belleza; y ser tocado por la esencia de las cosas significa lanzarnos en una danza que se mueve desde la posibilidad de la libertad.

Nos será inteligible que el poeta exclame: "Mi amor es la victoria sobre la falsa moral".

Pero no nos apartemos todavía de esta luminosidad de los cuerpos, y tendámonos sobre la Hierba. En este poema el cuerpo en imagen adolescente, hace su entrega amorosa a la "virilidad" bajo

un cielo de delectación sugestiva:

"...Y entre hierbas un mu-
[chacho sueña sonriendo
En una cabalgata a la luz de
[los anuncios de efebos...
Desnudo e impasible llevando
[la barba de leche lunar
El le hace el amor al árbol
[más próximo y más fuerte".

Nuestra traducción de experiencias eróticas pone bajo relieve la cercanía del desnudo, que de forma tan singular nos acerca a lo esencial, a lo libre y a lo bello.

El poeta deja sus matices en un poema muy hermoso, desde su sugestividad sensual y misteriosa donde el amor, en maridaje con dos cuerpos ya separados en un adiós de sombra y de huella. Es el "Desnudo...":

No sé quién eres
[y te amo
He dejado abierta toda una
[noche
Mi ventana esperándote
Temblé de sospecha al verte
Venir en la penumbra.
El alba está aquí
[desnuda
entraste sin llamarme
[desnudo.
Después supe quién eras
Por las huellas de sal y arena
En un espejo con tu sombra
Una mañana.

Todo este poetizar al proponernos el amor abierto, robustece su acerto en un íntimo placer sensorial-sencial-corpóreo.

El poema Tarde Pródiga es un símbolo cuyo contenido es la plenitud de un encuentro carnal. En el primero de la segunda parte del libro, queda patente la resolución clave: "Animal mío". En otro posterior el hombre sufre: "Tu carne lejos me es insostenible"; o bien nos dice —una dedicado a O— de "la

tanto sol. Y la angelita le tuvo lástima y dijo: "Güir a traer agua y le vuá echar en la cabeza porque pobrecita fa piedrita!. Y se jué volistiando hasta el riyo. Pero como andaba en el mero montañar nuayaba en qué yevar lagua.

Y va de buscar, y va de buscar, y como no hayó nada se yenó la pancinga diagua y dijo: ¡Mm, yo le yevo lagua en la barriga!. Y se regresó volando bajito de pesada quiba.. Y yegó y dijo: ¡¡Y hora comuago para sacármela?! Y

va de dar vueltas, y entonces pensó que siba a meter el dedo para gomitir lagua y como el dedo era muy chiquito ni cosquiya liso y no le dieron ganas.

Este fragmento no se lee, sino que se oye hablar; se

ahí el encanto y la eficacia del libro. Sugiero que nuestros maestros lo soliciten a la Universidad Nacional de El Salvador. Estoy seguro que los emocionará con su magia parlante, y les será útil como revelación experimental.

suavidad de tus miembros", que casi nos ofrece una imagen táctil de la forma.

Bien se intentaría —en el poema que se inicia: Simplemente el robo del retrato enemigo— un psicoanálisis de elementos sexuales más allá de las necesidades poéticas del símbolo, la imagen o la metáfora. Y que no duda en traducirlos en grandiosidad cósmica:

"Con el penetrante desconcierto de la naturaleza desnuda. No te detengas sin coronar el sexo solar de los cuerpos poblados".

Desde el sol es posible la consideración tibia desde la tierra. El amor:

"Resbala tibio su boca nupcial entre mis labios. Mientras se parte el día como una fruta madura".

Queda resumido el placer sensorial-sensual en los versos finales del poema Sigamos el viento maduro...:

Y sobre todo entera la isla amada. Saliendo siempre del baño delicioso".

Plástica sugestiva para una visión de brotes sensuales.

Todos estos elementos con que el poeta se deja "estar" nos obligan a encarar tres nuevos matices: Vitalismo sensual, objetos carnales, palabras de sexo y acción.

Ya en el primer poema leemos:

"Todas las mujeres bañándose Paseándose por el agua Comiendo naranjas Hablando del sol".

Sugerencia vitalista-sensual del cuerpo en exhibición recreadora de la desnudez, bien conectada con el acto físico corpóreo del comer frutos jugosos-presencia de la savia "natural"- bajo el encanto sutil de la luz, acentuadora de realidades y de objetos.

encuentro en el tercer poema. Imagen del mar que ofrece la sugerencia —casi simbólica— de una noche incrustada en una cósmica red aprisionadora.

El uso —bajo el lenguaje— de objetos carnales es numeroso. Además del cuerpo añadiríamos unos pocos: la boca, la lengua, los labios, los cuellos, los vientres, el pecho. Igualmente son muchas las "palabras de sexo":

**"La natural mirada tuya Desabrocha mi camisa";
"De rodillas bebiendo el jugo En el compartimiento de orgía;
"los gatos adúlteros";
"Veletas violadas";
"Remuevo tu lengua con la mía";
"vidriera de vicio";
"alcobas prostitutas";
"la hornacina de las piernas";
"Hombres de polen".**

Ciertamente, la materia es en Vidal bastante fructífera. abandonémosla en aras del fuego.

El hombre Vidal danza con el color y ardoridad del tuego:

"Danzo en el círculo viril cúmulo de brasas Mi multitud delira en tonos de bronce".

Es la dinámica interna o alma que se mueve hacia el objeto amoroso. Y en ella queda delimitada la acción juvenil. Son los "Termómetros puestos al fuego" de Tarde Pródiga, o los atrayentes llamados del muchacho que sueña sonriendo, mientras sus labios segregan jugo vegetal e inquietan a las niñas que miran "las llamas de sus ojos".

—Poema Hierba—.

En todo ardor que busca la consumación y totalización del existir, queda visible una presencia del dolor y de la alegría. El poeta Ioan lo ha sentido desde su inicio en la Canción de Safiro, el joven de las luces y ha cantado a "Todos los llantos todas las risas".

Igual dinámica vitalista

El dolor habrá de resguardar

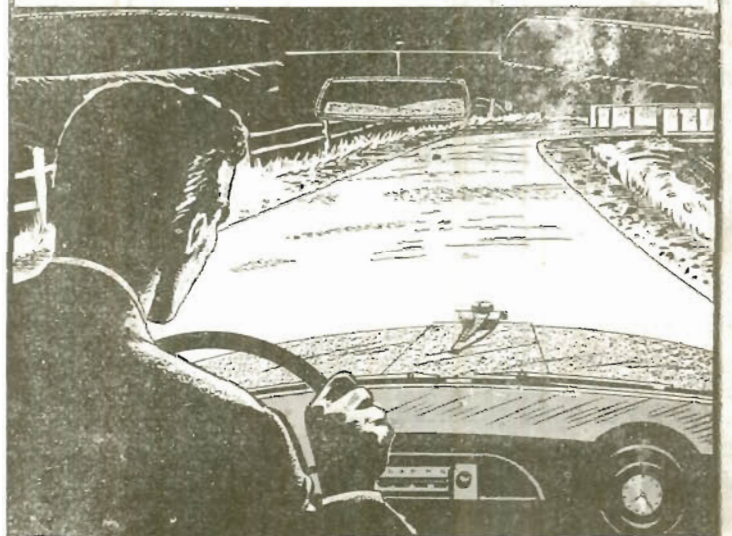
QUE HARIA USTED...

Es de noche.

Usted va a 60 kilómetros por un camino desconocido.

De repente se le presenta una curva muy cerrada.

QUE HARIA USTED?



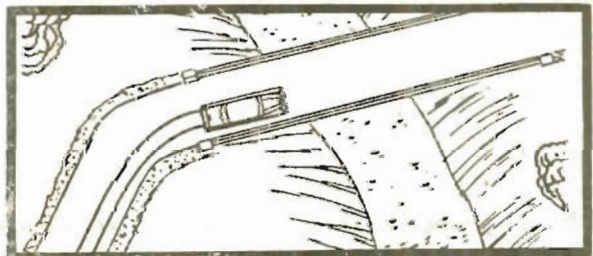
Qué hacer:

Aplique los frenos varias veces.

Al dar la vuelta, acelere un poquito.

Si su carro comienza a perder el control en la curva, conserve su pie derecho ligeramente sobre el acelerador y use el izquierdo para frenar.

No se salga de su zona.



DEPARTAMENTO DE PREVENCIÓN DE RIESGOS

Instituto Nacional de Seguros

darse en las manos acariciadoras de la ausencia: "Que el frío secó las huellas de los besos"; y la alegría —a pesar del acento robusto de la posesión en el acto, vivo a través de todo el libro— esboza un matiz de rompimiento al sentir la fugacidad del instante, ya sea por la irreducibilidad individual y su agresividad:

**"Es inútil volver al mar
Tú vives en una isla y yo en
[otra
El agua nos une y nos separa
Ayer un ángel visitaba nues-
[tra libertad
Y hoy encadena nuestro
[olvido;**

o bien, es la circunstancia del flujo y de la movilidad:

**"Mudable el cometa del
[recuerdo
Esbeltos marineros
[practicantes
El filo de la sed más íntima
Dirige el flujo caprichoso".**

Enteramente palpamos el rostro dióico: amor y muerte. Siéntese cobijando la potencialidad del acto la desgarradora esencia de la muerte:

**"Que el amor pasó como las
nubes de verano
Que el frío secó las huellas de
[los besos
Que nada queda
Sino tu sueño sin tiempo".**

A estas notas esenciales podríamos añadir otras que completan una estructura interior intensificándola en heterogeneidad, más no sin alterar la esencia de esta poesía y este poetizar.

Así el uso de una imagen por semejanza y comparación de ricas sugestividades plásticas, en el poema A ti única dualidad...:

**"Dos manos unidas en un
[gesto**

**Levantán un templo sosegado
Desprovisto de paredes
Las bóvedas de lienzo
Las columnas de nieve
[horizontales..."**

O es un realismo intrascendente tan claro desde Vallejo:

"Una gallina pone el huevo

Generoso el macho lo come".

O son brotes —no muy comunes— de naturaleza poética:

"Veinte años dan la mano

A la caída de agua del manto del sol".

O son elementos de crítica social directa y realista en dos poemas que se siguen Sobre sale en No es lo mismo un soldado que un gran rey coronado, los versos:

**"La sangre sola no puede
[construir
La ayuda del pueblo".**

El siguiente abarca también una crítica a la formación que permite

**"Los jóvenes maderas talladas
A capricho de los maestros".**

Y hasta se formula un poema de abierto pesimismo, el tercero de los Poemas de Ramza.

Pero —a mi entender— el contenido sensual de la poesía de Ioan Vidal tiene en contra suya el abuso de lo intelectual, que ha impuesto un recurso verbal fatigoso y "preocupado", preocupación ésta que se ha filtrado hasta en una cuidadosa presentación de deliberada "originalidad".

Y lo cierto es que todo creador que en el momento actual considere en plano relevante, el problema de la originalidad, queda a un paso del peligro de la afectación.

Se presentan entonces "palabras frías" y calculadas en su expresión. Así cito: teatro japonés, vestidos al estilo egipcio, rosa griega, jarrón latino, rito nórdico.

O es un poema entero que se disfraya de una barba existencialista pasada de moda. Ver el poema: En el bar de Marc.

Yo relacionaría este lenguaje y hacer poético con el propio de la poesía de César Vallejo —con su heterogeneidad verbal, es decir de palabras— y muchos elementos

alexandrinos expresivos—formales— bastaría citar el matiz cósmico del verso: "éramos una boca profunda".

Al lector "cotidiano" de poesía tradicional —si es que tiene sentido tal definición— no le será fácil la lectura de esta poesía. Sin embargo, advierto con Bousoño que todos los recuerdos líricos significan una sustitución, cuya textura queda reducida al modificante, modificado, sustituyente y sustituido, con finalidad de mudar la significación de las palabras, hacia la individuación.

Sin embargo, yo recomendaría al poeta Vidal esa simplicidad a la que de nuevo tiende la poesía contemporánea, y que el mismo Alexandre buscó desde la fragosidad de sus primeros libros hasta encontrar la lírica desnuda de Historia de un Corazón.

Y hemos de lamentar la insistencia del poeta en el "hallazgo", ilusión del artista actual que insiste o insista en triángulos y planos ya completamente desgastados— es inútil insistir en ser picassiano, cuando el cubismo ha bajado a la superficie de lo cotidiano. Y lamentación ante poemas tan completos como los Tres Poemas de Abierto Amor o el lirismo hermoso y cautivador —en su simpleza— de "Desnudo".

Falta pues a la poesía de Vidal —en la afirmación de mi juicio individual— una mayor y total concentración

de la materia poética y una posible sencillez —que no significa "tradicionalismo"— desalojada de visibles y acentuadas "intenciones" intelectuales.

He encontrado en el contenido ya analizado una profunda resonancia e identificación. Consonancia perfecta en su pasión, apetito y deseo. Pese a que, en verdad la voz quede nivelada en un equilibrio expresivo de diapason horizontal, sin convulsiones ni acentos; y deje ausente un llamado que me atrae vigorosamente: el lirismo trágico que intenta, en desolado gesto amoroso, hacer presente y eterno el leve paso del amor, o peor aún, hacer presente vitalmente lo muerto y lo por siempre insustituible.

Es ante todo la voz de Ioan tan sensual como la del oboe que se dispersa entre los extremos del fuego y el barro. Y nos arrebató —a los enamorados de la belleza y de los Dioses— por la fuerza de su concepción libertadora, extendida en los brazos de la acción que hace a la boca del amante perpetuar el fuego del amor.

Y si es cierto que un poema magnífico termina: "Logro esperanzado hacer del barro todo", bien acudiríamos con Tasso a una definición última y totalizadora de la poesía de Ioan Vidal: "El tiempo que no se emplea en amar es tiempo perdido".

Mayo — 62.



Colombia hecho poesía.—

Un Libro por Luis Zalamea

por Oscar Echeverri Mejía

(Para BRECHA)

Dividido en cinco cantos, apareció en 1960 un hermoso libro de versos (1) de Luis Zalamea, titulado "Colombia: la presencia permanente". Se trata de una pulcra y lujosa edición ilustrada con cuatro dibujos de Betelli. El tiraje es de solo 300 ejemplares numerados.

No sé cuántas personas conocen en nuestro país como poeta al autor de este poemario. Creo que pocas. Las razones son varias; entre ellas la más poderosa es la prolongada permanencia de Zalamea en el exterior. En efecto, él ocupa un alto cargo en las Naciones Unidas y en tal virtud ha vivido últimamente en Buenos Aires y en México. En este último país reside desde 1958, y allí ha publicado dos libros: el que comento hoy, y "Germinación del Alba", también en verso.

En 1957 publicó Zalamea en Buenos Aires otro libro de poemas, "Réquiem neoyorquino", que obtuvo estupenda crítica fuera de Colombia. Prepara actualmente dos novelas.

Y ahora entremos en materia, es decir, hablemos de "Colombia: la presencia permanente".

No conozco un libro que, como éste, se halle inspirado íntegramente en nuestro país. Hay poemas —hermosos poemas— con el tema de la patria, pero todo un libro —y un excelente libro— no.

Pero no se crea que voy a cometer la simpleza de juzgar el de Zalamea desde el

punto de vista "patriotero". No. Este libro no es bueno y hermoso solo porque en él se cante a Colombia, porque algunos versos suyos nos toquen fibras sentimentales. Es bueno por eso, y porque está escrito en una densa poesía, en una poesía "sin palabras de puro deshumanizada y, sin embargo, vibrante", al decir de Luis-Alberto Sánchez.

Aquí está Colombia "de carne y hueso". Levantada en uno de sus picachos más altos para que la vea todo el mundo. Cantada por uno de sus hijos, y cantada a la distancia que es como las cosas adquieren su verdadero, su profundo contorno. Aquí, en el libro de Zalamea, vibra, canta y grita Colombia. Se extiende como una mujer segura de su belleza y se entrega toda al lector con sus alturas que causan vértigo, con sus ríos como cabellos en fuga, con su cielo donde ella se mira día a día.

Colombia, para Zalamea, "inventó en su esperanza el color verde". "Fecundada por la linfa viril de los guerreros", es para el poeta y el hombre elemental el reino puro de la nube". Zalamea se embelesa —desde lejos— en su patria. Y la desea como a una hembra, unas veces; otras como a una alucinación; las más como a un milagro o a un producto de los sueños.

Es una lástima prescindir de las citas en esta nota necesariamente corta. Abramos el libro al azar y copiemos estos versos al Río Magdalena:

*amplia avenida de conquistadores y rebeldes,
aorta lacerada de la gloria,
surco de soledad hacia el destierro,
cauce que vuelca al mar
el semen poderoso, la sangre altiva,
la tortuosa violencia, el grito omnipotente,
¡el eco milenario de Colombia!*

Estas páginas son una apasionante sucesión de paisajes, hombres, fieras, tierras, cielo, agua, frutos. Es difícil decir cuál de sus cinco capítulos (con títulos sugestivos como: "Invocación", "¿Cómo explicarte?", "Viaje sin itinerario de Cartagena a Gorgona", "Colombianos, oíd..." y "La presencia permanente") es mejor.

En la penúltima parte Zalamea hace un llamado a sus compatriotas. Es entonces cuando deja a un lado la lírica y nos hace pensar en el presente y el futuro de la patria. Aquí afirma que "en el principio fuimos los poetas...", y nos conmina a dejar a un lado "la tristeza ancestral, la arraigada amargura, el miedo atávico, la genuflexión y la derrota":

*"Abandonad la sucia maraña de las calles
y, volviendo la mirada hacia los campos olvidados,
portando arados, pizarras y alfabetos
retornad a la gloriosa dimensión de nuestra tierra".*

No es este, como se ve, un libro de simple exaltación contemplativa: en él está la angustia de quien mira a su patria desde lejos (y por ende la ve con mayor claridad) y desea que no se extravíe, que no abandone sus prístinos valores, sus íntimos cauces.

Cierra estas páginas Zala-

mea con una evocación de Colombia, "la presencia permanente" en sus mil viajes ("bajo mi piel dormiste largo tiempo"; "tus ternuras y violencias vivían, calladamente, también en mi alerta insospechada"...). Y le dice al oído, como a una amante a la que no se ve hace mucho tiempo:

*"...como gigante mapaná de escamas de oro,
el Magdalena.
Comienzo de la heredad y la batalla,*



*"Ahora que aparece a lo lejos, limpia y clara,
como la Acuarimántima de esperanzadas poesías,
no en vano, Colombia, te he anhelado en la distancia".*

Bello himno a la tierra na- debería circular de mano en
tal. Estremecido poemario que mano entre nuestros escola-

res. Espejo de esta martiriza-
da patria que nos entregó Bo-
lívar como su más limpio sue-
ño.

(1) "Colombia: la presencia
permanente", por Luis Zalamea.
Impresos Modernos, S. A., de
México, D. F. 1960. Sin pagina-
ción.

Vuele a Panamá

vía Lacsá!

VUELOS TODAS LAS SEMANAS



MIÉRCOLES Sale 1:50 P. M.
VIERNES Sale 1:50 P. M.
DOMINGOS Sale 1:50 P. M.

\$ 49.00 IDA Y REGRESO

Haga el viaje más placentero y agradable de su vida, disfrutando de los más tentadores y succulentos platos y de los finísimos licores que ofrece LACSA a sus pasajeros.

Consulte los cómodos planes de crédito de Lacsá y su eficiente servicio de reservaciones de hotel, en las oficinas centrales o en su Agencia de Viajes preferida.



Editorial Costa Rica

Reproducimos con gran complacencia, el prólogo escrito por el Lic. Don Francisco Ruiz F. para las obras completas del Lic. Mario Alberto Jiménez, de las



que la Editorial Costa Rica ha publicado el primer tomo que corresponde al N° 5 de la Biblioteca de autores costarricenses. Obra de gran valor literario que ya está a la venta en las librerías del país.

Este prólogo del Lic. Francisco Ruiz F. es un testimonio de reconocimiento intelectual, de amistad al Lic. Mario Alberto Jiménez.

La obra completa del Lic. Don Mario Alberto, constará de dos tomos, el primero de artículos ya publicados y ensayos; el segundo, contiene su tesis jurídica y otros artículos de gran interés para las letras costarricenses.

Mi buena estrella me depa-
ró, como raro privilegio, el haber laborado muy cerca del autor durante los últimos cinco años de su existencia. Esa única credencial auténtica en mi favor, asumida con marcada generosidad por los directores de la **Editorial Costa Rica**, me trae como añadidura el honrosísimo encargo de estas líneas, para la presentación de las obras del amigo desaparecido.

Reservo para quienes pueden hacerlo con autoridad, el juicio crítico que desde los ángulos literario, jurídico y sociológico reclama los escritos de Mario Alberto Jiménez. Ellos son el legado valioso de uno de los intelectuales costarricenses más extraordinariamente capaces de nuestro tiempo y no deben dejarse perder, ahogados por el zarzal de la indiferencia o el descuido.

Hábil y tenaz para adentrarse a conciencia en el conocimiento de cuantos asuntos despertaban su interés —sin afectarle la disimilitud de las materias—, solía el autor asomarse, estudioso, hasta la entraña misma del medio nacional para mostrarnos luego, en la espontánea elegancia de su estilo, los más interesantes matices, defectos y peculiaridades y analizarlos con certero juicio. La vastedad de su cultura no encontró límites en los dilatados campos de lo jurídico, lo social, político o artístico y la inquietud de su entendimiento no tuvo sosiego entre tanto acontecer en este siglo de lo vertiginoso y lo no sospechado. No obstante, su manera de ser, metódica y juiciosa, resultaba propicia para el choque con los esnobismos y estridencias, frecuentes compañeros de los avances de la época en quienes no los han asimilado en su verdadera esencia, o se sirven, para otros fines, de la novedad aún no bien comprendida; todo eso contrastaba con la moderación de su criterio. Sus páginas de sabor inconfundible y señoría del idioma, ofrecen, engarzados en la red sutil de su característica elocuencia, a veces picante y atrevida para decir las cosas, el enfoque de problemas o el punto de vista sobre aparentes sencillos detalles con tal profundidad de concepto y tanta franqueza tratados que obligan a la meditación, despiertan inquietudes y dejan rastro en el alma.

trarse a conciencia en el conocimiento de cuantos asuntos despertaban su interés —sin afectarle la disimilitud de las materias—, solía el autor asomarse, estudioso, hasta la entraña misma del medio nacional para mostrarnos luego, en la espontánea elegancia de su estilo, los más interesantes matices, defectos y peculiaridades y analizarlos con certero juicio. La vastedad de su cultura no encontró límites en los dilatados campos de lo jurídico, lo social, político o artístico y la inquietud de su entendimiento no tuvo sosiego entre tanto acontecer en este siglo de lo vertiginoso y lo no sospechado. No obstante, su manera de ser, metódica y juiciosa, resultaba propicia para el choque con los esnobismos y estridencias, frecuentes compañeros de los avances de la época en quienes no los han asimilado en su verdadera esencia, o se sirven, para otros fines, de la novedad aún no bien comprendida; todo eso contrastaba con la moderación de su criterio. Sus páginas de sabor inconfundible y señoría del idioma, ofrecen, engarzados en la red sutil de su característica elocuencia, a veces picante y atrevida para decir las cosas, el enfoque de problemas o el punto de vista sobre aparentes sencillos detalles con tal profundidad de concepto y tanta franqueza tratados que obligan a la meditación, despiertan inquietudes y dejan rastro en el alma.

Pero en donde descuella agigantada la figura del Licenciado Jiménez es en la ciencia jurídica, especialmente en sus ramas constitucional y administrativa. En casi toda su obra escrita se nota esa marcada predilección por cuanto concierne a esas disciplinas; sería bastante, sin embargo, para consagrar su autoridad profesional en la materia, el espléndido y laborioso estudio histórico doctrinario y de crítica jurídico política, sobre uno de los más

interesantes aspectos institucionales del país; me refiero a su tesis jurídica con el título de **Soberanía Externa y Relación entre el Legislativo y el Ejecutivo en Nuestra Evolución Constitucional**. No menos reveladora de esa inclinación del autor lo es su brillante y también prolijamente documentada conferencia, con que contribuyó a la celebración de la Semana Cívica del Centenario de don Cleto González Víquez y don Ricardo Jiménez Oreamuno; tomando como motivo la primera campaña presidencial de don Ricardo, desarrolla el sugestivo y original tema: **1909: Costa Rica se Viste la Toga Viril**. Cabe, además, recordar aquí la destacada labor cumplida como Diputado a la Asamblea Constituyente de 1949, en la cual lució, de los primeros entre los mejores, haciendo gala de una bien cimentada preparación, de singulares atributos de ágil parlamentario y de entereza para defender las convicciones.

Es una rica veta aprovechable la obra de Mario Alberto Jiménez y espera la mano laboriosa de los críticos y de los estudiosos, quienes deben extraer y poner en circulación el precioso metal allí guardado. Por mi parte me limitaré, en afán de corresponder a la distinción recibida, a relatar mis impresiones acerca del hombre que conocí, en sencilla y esueta forma, como únicamente puedo hacerlo y como era él en sus más profundos estratos, según mi sincera apreciación de tan interesante personaje.

Un día el destino nos llevó a trabajar en un mismo sitio; no nos conocíamos, dos o tres saludos ocasionales, de esos que se dan y se reciben en cualquier parte y con poco o sin ningún motivo, habían sido nuestro único contacto anterior. Bastaron, sin embargo, muy pocos días para darme cuenta, con la más grata de las impresiones, de tratar con un caballero, todo hidalguía;

razones especiales del momento pusieron a prueba tan relevante calidad y abrieron el surco de una especial simpatía para llegar al conocimiento de aquel hombre superior, sabio y prudente.

Le gustaba llevar una vida modesta y sin desplantes; un tanto huraño, su carácter no rimaba con muchas de las trivialidades de la vida social y rehula innecesarios compromisos para mantener la más absoluta independencia de sí mismo, como demandaba una personalidad tan singular. Muchos miraron con extrañeza su conducta porque jamás fue hombre de clubes o de círculos, ni del corrillo insubstancial; en los días de descanso o festivos prefería, a una mesa de copas, la excursión campestre, escalando nuestros montes en la compañía de su famoso bastón de alpinista; tampoco cambiaba sus noches de lectura y estudio por cualquiera de alegre disipación, y esas preferencias resultan siempre extravagantes a los ojos de esos muchos. Era, sin embargo, muy severo y cuidadoso de las buenas maneras y de las formalidades sociales, cuyo paulatino desplazamiento en aras de los modernismos y la chabacanería tanto lamentaba y era objeto de su indignación y censura. Descendiente de una de las familias más distinguidas de nuestro medio, no hacía valer el linaje para ostentaciones vacuas y ridículas; lejos de eso, vivía y manifestaba en todos sus actos la sencillez natural de quien, a la seguridad de la pureza de una casta, une el privilegio de un entendimiento bien dotado. Rendía, sí, culto perenne a las virtudes y merecimientos de su ascendencia, en la cual figuran, por cierto, personalidades de lo más notable y eminente del país.

Grande como jurista, lo fue tanto por el rico caudal de sus conocimientos, como por la admirable concepción suya de lo recto y lo justo, de lo

Brújula Quieta

Como testimonio de las dimensiones universales que ha alcanzado nuestro compatriota y admirado amigo Francisco Zúñiga, informamos que es el único artista hispanoamericano que figura en el gran *Dictionnaire de la Sculpture Moderne*, que Fernand Hazan editó en París en noviembre de 1960. Esa obra es la más completa y rigurosa en su género, y al conocerse en México suscitó comentarios apasionados. Entre los colaboradores que hicieron posible el diccionario a que nos referimos, figuran críticos de primera importancia en el campo de la investigación estética, entre ellos Raymond Cogniat, Franz Meyer y la

sudamericana María Rosa González.

Francisco Zúñiga figura al lado de Rodin, Epstein y los más grandes escultores de la edad moderna. El libro reproduce su escultura "La Hamaca", que ha obtenido altos galardones en Europa y Moscú. "La Hamaca" es propiedad del Gobierno de México, y en la actualidad se exhibe en la exposición "Obras maestras del arte mexicano", en el Petit Palace, de París.

Reproducimos a continuación un fragmento del artículo reservado a Zúñiga en el mismo diccionario. Después de consignar su año y fecha

de nacimiento en San José, y de hacer un amplio comentario sobre sus trabajos diversos, dice lo siguiente:

"Conques de façon schématique el taillés par masses compactes directement intelligibles, ses oeuvres prolongent en quelque sorte, dans leur force brute et ensorceillante, les créations olmèques, zapotèques, toltèques et aztèques. Il a puisé aux sources innombrables et toujours fraîches de la civilisation mexicaine, sans pour autant céder aux facilités de la stylisation archaisante, ni au symbolisme ténébreux du passé. Car Zúñiga reste de son temps. Son style se caractérise par

que es el deber y el respeto debido a los principios, a las leyes y a las instituciones. En tal sentido su labor como funcionario público fue eminente; en dura y tenaz lucha contra las corruptelas y el relajamiento en las actuaciones públicas, constituye una de las más valiosas contribuciones suyas a la Patria, su honesta, leal y valiente labor como Jefe del Departamento Legal de la Contraloría General de la República.

También con gran erudición en literatura, teatro, música y pintura, era un enamorado de todas las artes en sus más delicadas manifestaciones; pero por sobre todo amaba los libros, los quería con verdadera fruición; su biblioteca es rica y selecta y cuenta con rarezas bibliográficas muy valiosas; pero, además, siendo

culto y asiduo lector, de aquellos cuyas adquisiciones no sólo sirven para adornar los anaqueles, quería a los libros tanto por dentro como por fuera; alguna vez me expresó ser el máximo anhelo de su vida poseer o dirigir una magnífica editorial a fin de imprimir sólo las obras de verdadero mérito, pero con todo el lujo tipográfico y de encuadernación correspondiente a su propia dignidad. Tiempo atrás trabajó en esa rama y era perito en calidades de papel, en tipos y sus combinaciones, tapas y contratapas, y sufría amargamente cuando llegaba a sus manos cualquier impreso sin ajustarse a las normas estrictas del arte respectivo.

Ese fue el hombre que conocí. Austero y desprendido no paraba mientes en sí la

paga recibida guardaba proporción con su esfuerzo para ganarla; sólo le preocupaba el compromiso adquirido de servir y de hacerlo bien; para él ocupaban lugar muy secundario las cuestiones de peso más o peso menos; por esa razón en su herencia no cuentan las riquezas materiales. En cambio, su concepto del honor y de la dignidad personal, y su escrupuloso cuidado para conservar sin mácula la condición de hombre honesto y profesional digno, llegaban hasta los mayores extremos.

Para presentar de una sola pincelada a Mario Alberto Jiménez, a la consideración de quienes van a ser sus lectores, bastan las siguientes palabras suyas: "La pobreza, y si no la pobreza, al menos la austeridad, es parte del precio que

une construction rigoureuse des formes robustes, une poésie rude et généreuse".

Poesía de la forma, dominio de la materia; creaciones de voces milenarias se asoman y estructuran su obra original y grandiosa. Zúñiga es fiel a su verdad de escultor, a su sentido profundo del arte.

Bandera Blanca no es un libro más de nuestro colaborador y amigo Prof. don Moisés Vincenzi. **Bandera Blanca** recoge entre sus páginas la cuidada selección de la labor periodística del filósofo Vincenzi, de Ensayos y páginas dispersas sobre crítica de Arte.

Tiene este libro un mérito que hay que destacar, y es que en él el pensamiento del autor expone con claridad los problemas de la crítica de arte y de la crítica literaria tan malamente ejercidas en nuestra Patria. Aquí al elogio le llaman crítica y a la crítica constructiva y sana, muchas veces le llaman envidia. No hay un conocimiento básico de la función crítica y esto ha hecho mucho mal a nuestras letras nacionales y también a aquellos que trajinan entre los pinceles y los escoplos. Vincenzi plantea valientemente

todo académico debe satisfacer por el honor de haber podido ennoblecen su vida dedicándola a las más altas tareas del espíritu".

He querido reproducir esas líneas, con las cuales cerró el autor una de sus magistrales publicaciones, porque ellas son su mejor autorretrato, con el mérito de que no fueron escritas como un propósito o una meta, sujetos a eventual cumplimiento, sino respaldados ya, cuando se produjeron, por toda una vida ejemplar y fecunda, truncada, muy pronto después, en lo mejor de su floración.

La perennidad de su obra mantendrá por siempre fresco el recuerdo de tan ilustre costarricense.

FRANCISCO RUIZ F.

te este grave problema en su libro **Bandera Blanca**.

Tratando este periodista filósofo el problema de la crítica con gran sencillez, hondura e inteligencia. Y habrá algún periódico que se interese por la cultura, que reviva esta labor de BANDERA BLANCA?

Se quedará esta pregunta temblando en el aire sin ser recogida para bien de la cultura nacional por empresas periodísticas bien financiadas por el anuncio y las suscripciones?

Consignamos con cariño la aparición de un nuevo poemario de Salvador Jiménez Canossa. "Poemas de Desencanto" editado cuidadosamente en la Imprenta Antonio Lehmann.

Es este un libro con originalidad tipográfica. Bien acabado con un dibujo en la portada original de Víctor Delhez y un prólogo del Prof. brasileño J. A. Pinto Do Carmo.

De la obra poética de Salvador Jiménez se pueden decir muchas cosas en pro y en contra. A muchos no les gusta su forma moderna de plantear su pensamiento poético y otros alegan que todavía le falta madurez a su poesía, que anda mal acomodada entre las palabras que la expresan. A veces eso es cierto, otras nó. En cuanto a estos "Poemas del Desencanto", hemos encontrado en ellos interesantes imágenes, hondura de pensamiento, lirismo y fluidez en el lenguaje y los consideramos, ya un paso serio en la obra poética de Salvador Jiménez. Para Salvador Jiménez Canossa nuestro sincero deseo de que sus "Poemas del Desencanto" obtengan el lugar a que están destinados los libros que dicen algo, que plantean problemas, que emocionan y queman el alma.

Y dentro de una línea clásica y formal de la poesía, Alfredo Vincenzi ha editado en la casa LEHMANN: "LOS MUNDOS OLVIDADOS Y OTROS POEMAS".

Vincenzi es un escritor sensible y su poesía refleja claramente su posición de artista que conoce y llega hasta lo hondo del paisaje que describe ya sea este de tierra y mar o de pensamientos sutiles como el aire. BRECHA ya ha publicado algunas composiciones de Alfredo Vincenzi y promete, para un próximo número, una página literaria entresacada de "LOS MUNDOS OLVIDADOS Y OTROS POEMAS", libro que ya está a la venta en las librerías de la capital.

Ahora que la perspectiva nos permite opinar serenamente, dedicaremos un comentario al margen del mal llamado "PRIMER FESTIVAL NACIONAL DE ARTES PLASTICAS" que con tan buena voluntad y poco cuidado organizó el ya famoso Grupo 8 en abril pasado, en

fiel cumplimiento que los enaltece, de los postulados y propósitos de su Manifiesto.

No podemos ni debemos ocultar que el atemperamiento de la distancia no mejora el recuerdo deprimente. El mérito de la intención se vio malogrado por la muy baja calidad del material expuesto y el no por humanitario menos erróneo concepto de mezclar verdaderos "mamarrachos" con obras de innegable valor estético.

No cabe siquiera la excusa de que se trataba de un evento popular, porque, aquello de popular no tenía más que lo generoso de la invitación y el sitio escogido para colgar la muestra (Las Arcadas). Por lo demás, es inaceptable, que cobijándose bajo un palio de amplitud y comprensión se de beligerancia intelectual a verdaderos "delincuentes" del arte.

Esta suplantación, que no beneficia a nadie, provoca en cambio una desorientación culposa en el gran público, el único verdaderamente ingenuo.

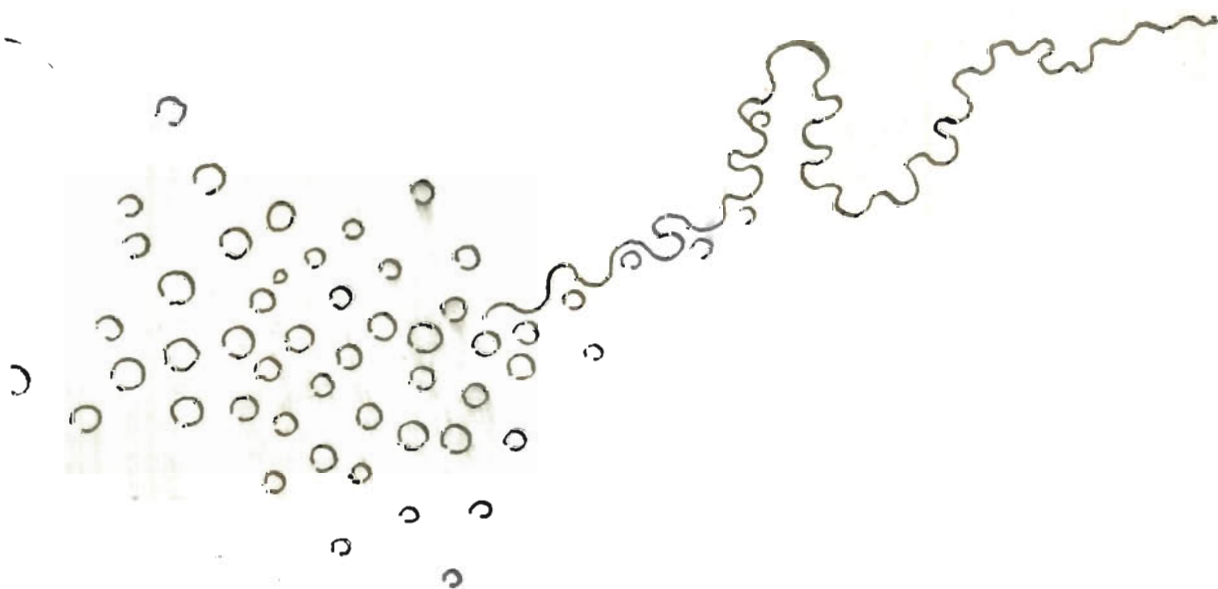
Esto es inadmisibile y nadie,

so capa de popularizar la cultura tiene derecho a hacerlo. El fraude siempre es irritante.

No nos interesa delucidar quién o quienes son los responsables, juzgamos un hecho consumado y concreto. Las obras de valor que allí se encontraban, se vieron grandemente perjudicadas con la vecindad de productos ocasionales de gentes sin responsabilidad ni base, de charlatanes "Bien intencionados".

Ni aquello representó la plástica nacional, ni representó nada y si no conociéramos los loables propósitos de los organizadores pensaríamos, sin cierta molestia, que se nos intentó tomar por benevolentes cretinos.

Es de desear que otros festivales, si los hay amparen bajo su ambiciosa rúbrica, la verdadera representación del arte costarricense viviente: primitivo, popular, académico, abstracto, figurativo, o lo que sea pero que sea algo.



MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

Las bellezas naturales y la cultura del pueblo de Costa Rica, son el fundamento básico para competir en el mercado Turístico Internacional.

Colabore con el

INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

Una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.